



Nati Izera

GOLDHEIVEN

Magia y amor en un mundo por descubrir


Ediciones
Alféizar

HOJA ROJA

GOLDHEIVEN

MAGIA Y AMOR EN UN MUNDO POR DESCUBRIR

Nati Izera



Ediciones
Alféizar

© 2020

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Revisión: Silvana Cerro

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.es

Gracias a los consejos y aportaciones de mi madre mejoro día a día como escritora. Sin ella, no hubiese llegado hasta aquí.

A todas las personas que me han ayudado anteriormente y que espero sigan colaborando conmigo en mis futuros proyectos literarios.

ÍNDICE

[Capítulo 1: El sueño](#)

[Capítulo 2: De vuelta al lago](#)

[Capítulo 3: Camino al corazón de Goldheiven](#)

[Capítulo 4: Un viaje accidentado](#)

[Capítulo 5: Camino a la capital](#)

[Capítulo 6: Stalzar, el gran Wizardteck](#)

[Capítulo 7: Llegando a Hertheiven. La primera batalla](#)

[Capítulo 8: Hertheiven](#)

[Capítulo 9: El entrenamiento](#)

[Capítulo 10: La partida](#)

[Capítulo 11: Obstáculos en el camino](#)

[Capítulo 12: La Región Oscura](#)

[Capítulo 13: La Gran Batalla](#)

[Capítulo 14: ¿El final de la oscuridad?](#)

[Capítulo 15: Después de la batalla](#)

[Capítulo 16: El comienzo de una nueva vida](#)

[Epílogo](#)

[GLOSARIO](#)

Capítulo 1: El sueño

Es un día de primavera cualquiera. Los pájaros entonan una alegre canción, corre una brisa refrescante y un aroma a flores me envuelve. Sentada en el parque, miro como los patitos siguen a su madre en el estanque. Los domingos siempre hay mucha gente, pero he podido encontrar mi rinconcito bajo el sauce. Me descalzo, como siempre, y siento la hierba fresca en mis pies. Suelo venir mucho aquí. No sé por qué, pero me ayuda a relajarme. Me siento bien cuando estoy rodeada de la naturaleza.

Acabo de cumplir dieciocho años. Mis padres me hicieron una fiesta con toda mi familia. No había nadie de mi edad. No tengo amigos, ni fuera ni dentro del instituto. Pero no me importa. Yo prefiero una buena lectura que una charla trivial con gente que te sonrío a la cara y te critica a tus espaldas.

En mi casa siempre hay gente. Somos una gran familia. Mi madre tiene cinco hermanas y mi padre seis hermanos. Todos están casados y tienen hijos. Tengo veinte primos y primas. Mis padres son los únicos que tuvieron una sola hija, yo. Siempre me decían que todo el amor que sienten lo pusieron en mi concepción y que nada más verme supieron que no podrían amar a nadie más. Espero conocer algún día un amor tan grande como el que ellos se tienen.

Tras terminar un breve libro titulado *Un amor de instituto*, regreso a casa y pienso en todos los lugares que he visitado en mis libros. Cálidos, helados, desérticos, húmedos, urbanos, rurales... Ese es mi sueño, viajar algún día a todos esos sitios. Vivir experiencias únicas, aprendiendo y disfrutando de las distintas culturas que pueblan el mundo. Mi familia es estupenda, pero siempre me he sentido atrapada aquí.

Ya en casa, tumbada en mi cama, termino de leer un libro interesante sobre las profundidades del mar. Al cerrar la tapa, me viene una imagen a la cabeza, como un flash. Es un lago con un tono azul que es muy difícil de describir. El cielo parece difuminarse con el agua. Sus colores son casi idénticos. Como si uno fuera el reflejo del otro. ¿De dónde habrá salido esa ilustración? Son tantos los libros que he leído con imágenes de la naturaleza, que no sabría decir en cuál he visto ese paisaje tan peculiar.

Me quedo dormida pensando en esa imagen. En mi sueño, el paisaje se empieza a formar de manera muy clara y real. Tanto, que estoy empezando a sentir la brisa que me trae un olor a bosque y mueve mi melena cobriza. Escucho los sonidos de la naturaleza, el crujir de las ramas, el trino de las aves, el agua salpicando y la hierba mojada bajo mis pies. Es increíble cómo percibo todo eso, es como si estuviera aquí en realidad.

Escucho como un gruñido que se acerca a mí. Abro los ojos y veo un bosque. Aparece un jabalí entre los arbustos. Pero es distinto. Es más grande de como suelen ser y su piel tiene un color verde oscuro. No lo habría visto si no se estuviera moviendo. Su piel está cambiando de color a medida que avanza hacia mí. Su trayectoria no cambia. Aunque sé que solo es un sueño, hecho a correr hacia un árbol. Es difícil hacerlo descalza. Me estoy haciendo daño en los pies con las piedras y ramas que estoy pisando, pero aun así continuo corriendo. Logro subirme a unas ramas, cuando el animal me alcanza y da un salto. Pero ya he trepado a otra rama más.

Se oye un silbido y después un gruñido del jabalí, que se tambalea y cae. Tiene una flecha clavada en la parte de atrás de la cabeza. Mientras bajo del árbol, veo a alguien aproximarse. Es un hombre joven, atlético y con unas facciones duras pero atractivas. Camina a paso ligero, recto y sin vacilación.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras se agacha para arrancarle la flecha al animal. La limpia y se la guarda en su carcaj.

—¿Qué animal es? —le pregunto, ignorando la suya—. Parece un jabalí, pero me ha parecido que cambiaba de color.

—Es un jablení —se me queda mirando, con curiosidad. Sus ojos son intensos y claros como el cielo—. ¿Nunca habías visto uno? —me da un escalofrío en todo el cuerpo. Su voz es grave pero agradable.

—Pues no —empieza a atar el animal con una cuerda que ha sacado de su bolsa. Cuando termina, me mira, lo que hace que me ruborice. Desvía la mirada, esperando que no lo haya notado—. ¿Dónde estamos?

—En el Lago Sur. ¿De dónde vienes? ¿Y por qué vas descalza?

Me miro los pies. Me doy cuenta de que tengo sangre en uno de ellos. Me agacho y veo que tengo una herida poco profunda. También tengo arañazos en los brazos. Me toco las heridas y me extraña sentir dolor. Cuando una persona sueña, no siente dolor, ni percibe ningún olor. Es imposible. ¿Estoy soñado o me encuentro aquí en realidad?

El joven se acerca a mí con una caja abierta, donde hay gasas, tijeras y varios frascos. Tiene el pelo muy rubio y un poco largo. Su rostro tiene rasgos finos pero varoniles. Me echa en las heridas un líquido con un fuerte olor agrio. Lo curioso es que no escuece, pero me está empezando a marear. Ahora me echa una crema y me venda la herida del pie. La cabeza empieza a darme vueltas, veo borroso, y luego, oscuridad.

Huelo a fuego, a madera quemada, a flores y a comida. Me pesan los párpados. Intento abrir los ojos y al hacerlo, veo un techo de madera. Estoy en una cama. Me incorporo poco a poco y miro alrededor. Parece una cabaña. Hay una mesa y sillas de madera, una chimenea encendida y un caldero con vapor saliendo de él. Me miro los brazos. Apenas se notan los arañazos.

Me quito la manta y veo mi pie aún vendado, pero no me duele. Sigo en pijama y descalza. Me levanto y empiezo a caminar hasta la puerta. La abro y me asombra lo que estoy viendo. Un paisaje que jamás había visto. He ojeado miles de páginas con imágenes de lugares de todo el mundo, pero nunca había contemplado algo así. Los colores son deslumbrantes, pero cálidos. Me inunda una paz interior solo con vislumbrar este paisaje. Es un prado. Hay un lago y al fondo, montañas. Doy unos pasos hacia fuera y me fijo en una ciudad a lo lejos, antes de las montañas. Es brillante como el sol, pero aun así no te ciega.

—Ya estás despierta —me giro. Una anciana me sonríe mientras se acerca a mí—. Llevas una hora durmiendo.

—Hola —no sé bien qué decir.

—Hola. Me llamo Fiona. ¿Y tú? —parece mayor, pero camina con agilidad. Lleva un vestido

sencillo de color arena y manga larga. Pero es distinto a cualquiera que haya visto antes.

—Ariadna, pero me llaman Ari.

—Un nombre peculiar —me inspecciona con la mirada como si intentara ver más allá. Tiene el pelo blanco recogido en un moño bajo y sus ojos son de color canela— y eso que aquí hay nombres poco comunes.

—¿Dónde estamos? —le pregunto, saliendo de la ensoñación que me ha provocado este paisaje.

—Esa es una muy buena pregunta —me coge del brazo y me lleva adentro.

—Es curioso —como ella no habla, empiezo yo la conversación. Hace que me siente. En la mesa hay dos cuencos y dos cucharas. Son de madera. Ella coge la olla que hay en el fuego—. Sigo sin saber si esto es real o estoy soñando —le confieso. Ella echa sopa en los cuencos.

—Otra buena pregunta —me responde, sonriendo.

—Y sigo sin tener respuesta —se me queda mirando. Continúa con esa sonrisa enigmática.

—Come. Antes de que se enfríe —tiene la mirada firme, lo que hace que me incomode un poco. Hago lo que me dice.

Tiene un sabor especial. Nunca había comido algo así. Mi paladar distingue diferentes sensaciones con cada cucharada que doy. Ella solo está removiendo su sopa con la cuchara. Del cuenco sale un sonido melodioso. No es el típico que sale del contacto de madera contra madera. Es relajante. Estoy terminando mi sopa. Solo queda un poco. Me quedo mirando ese resto.

Al principio creía que era una ilusión óptica, pero las imágenes que aparecen en ese caldo son cada vez más claras. Parece como una película. En mi mente se genera una narración. Al principio parecen unas voces lejanas, pero se van aclarando poco a poco:

«Una guerra se está librando». Dice la voz en mi cabeza. Yo estoy totalmente quieta, como si estuviera paralizada. Sigue la narración. «Luz contra oscuridad. Muchas vidas se han perdido. Y luego, una tregua, un pacto desconocido. Un mundo dividido en dos, que se mantiene en una frágil paz. Y una profecía que marcará el destino de una joven y el futuro de Goldheiven».

Me despierto de golpe. Estoy en mi cama. Unos rayos de sol atraviesan la cortina. Me incorporo para levantarme e ir al baño. Pero al poner los pies en el suelo, noto algo en el pie derecho. Lo tengo vendado. Me levanto de golpe y abro la cortina rápidamente para que entre luz. Me quito la venda y veo una pequeña herida casi curada. Reviso mis brazos. Tengo unas ligeras líneas blancas. Esto me lo hice cuando subí a aquel árbol.

Me doy cuenta de lo que significa. No era solo un sueño. Ha pasado de verdad. He estado en aquel lago, un joven curó mis heridas y una agradable anciana me dio una sopa. Y realmente vi en ella esas imágenes. Intento recordar el nombre del final:

GOLDHEIVEN.

Capítulo 2: De vuelta al lago

Mientras me dirijo al instituto, mi mente se encuentra en ese otro lugar. Aún sigo sin creer que exista, que haya estado allí. ¿Pero cómo? Solo me quedé dormida y aparecí allí. ¿Y qué lugar es ese? Goldheiven. He revisado muchos de mis libros buscando ese nombre y también he navegado por Internet, pero no he hallado una respuesta.

El día pasa como casi todos. Es el último año de instituto. Estamos preparándonos para la selectividad, así que todos están con los nervios a flor de piel y muy estresados. Pero yo no lo estoy. Siempre me ha resultado fácil estudiar y memorizar los textos. Nunca he tenido que pasarme una semana estudiando antes de un examen. Me leía el tema la tarde anterior y ya lo tenía retenido en mi mente para siempre. No es que tenga memoria eidética o fotográfica, simplemente, esa información se queda en mi mente como si fuese un recuerdo más.

Me paso el día pensando en el sueño y lugar en el que estuve. En la hora libre, voy a la biblioteca para seguir buscado ese nombre, Goldheiven. Pero sigo sin encontrarlo. Cuando voy a guardar los libros, paso por la sección de ciencia ficción. No me suele gustar ese género, pero tendría que ampliar mi red de búsqueda si quiero encontrar ese lugar. Mi velocidad de lectura es superior a la media, así que en media hora he ojeado dos libros de fantasía. No eran muy voluminosos, así que han sido fáciles de examinar. Aunque sigo sin encontrar lo que estoy buscando.

Al salir del instituto, decido ir a un par de librerías para buscar más libros de ciencia ficción. Ya he comprado ocho en dos tiendas. Cuando me dirijo hacia mi casa, me topo con otra librería. Aunque esta es distinta. En su escaparate, hay muchos elementos de índole paranormal. Otro tema al que no le doy mucha importancia. Pero aun así, decido entrar para extender mi radio de estudio.

Al pasar adentro, un hombre mayor me sonríe desde detrás del mostrador. Me hace recordar a la anciana de la cabaña del lago. Saludo y me dirijo hacia las estanterías. No sé exactamente lo que busco. ¿Una biografía? ¿Un relato de ciencia ficción? ¿Un libro sobre hechizos y brujería? Esto me parece una absoluta pérdida de tiempo, así que decido irme. Pero me encuentro al anciano parado justo frente a mí. Lleva un libro en la mano.

—¿Es esto lo que buscas? —me acerco y cojo el libro. Parece antiguo. Tiene la tapa dura y envejecida.

—*Otras dimensiones, mundos paralelos y pliegues en el tiempo y el espacio* —leo el título en voz alta. Alzo la vista y él sigue sonriéndome.

—Aquí encontrarás las respuestas que estás buscando.

—Gracias. ¿Cuánto cuesta? —se da la vuelta y camina hacia el mostrador. Le sigo. Se coloca detrás y me mira fijamente, algo que me incomoda—. ¿Cuánto vale el libro?

—Veinte Pyrs —sigue sonriendo.

—¿Perdón? ¿Veinte qué?

—Supongo que no has pasado mucho tiempo allí.

—¿Qué quiere decir con allí? —no responde. Solo sonrío.

Suenan las campanillas de la puerta y veo a alguien entrar. Él mira en dirección a la entrada y yo giro la cabeza por instinto. Una mujer se dirige hacia las estanterías. Vuelvo a mirar hacia el mostrador, pero el anciano ya no está. Oteo alrededor de la tienda sin lograr verlo. Qué situación más extraña. Me da un escalofrío. Dejo un billete y salgo de la tienda. Intento caminar lo más rápido que puedo. Quiero alejarme de ese sitio. Tras diez minutos, reduzco la velocidad.

He llegado al parque. Voy a mi rinconcito bajo el sauce y me doy cuenta de que tengo el libro agarrado junto a mi pecho. Lo he tenido así durante todo el camino. Me separo el tomo y le echo un vistazo a la portada. No sé por qué pero, al mirarlo, tengo una sensación muy extraña, como si ya lo hubiera visto. Al abrirlo, me doy cuenta de que parece un libro normal. ¿Qué iba a ser si no? ¿Qué me esperaba que ocurriese? Creo que me estoy imaginando cosas. Pero en cierto modo, es natural pensar así. He estado en un lugar desconocido y sigo sin saber cómo llegué allí. O eso creo...

Es un libro científico. Habla sobre las vibraciones que se detectan en las ondas gravitacionales de otras dimensiones, de la paradoja cuántica de los universos múltiples, la curvatura del espacio-tiempo, el efecto de la geometría curva... ¿Es posible eso? Según esto, todas son teorías, nada más. Pero, ¿y si fuera posible? ¿Y si hubiera estado en otro universo o dimensión? ¿Y si hubiera llegado hasta allí a través de mis sueños, atravesando un pliegue interdimensional?

Decido volver a esa tienda para preguntarle al anciano, eso si me responde. Necesito saber más sobre esto. Si es verdad y cómo es posible. Entro con determinación y me dirijo al mostrador. Hay un joven con gafas mirando un ordenador.

—Hola —él me saluda, pero no levanta la vista de la pantalla—. Estoy buscando a un señor mayor que estaba aquí hace un rato —levanta la mirada.

—¿Qué? —su cara refleja confusión, como si no supiera de qué hablo.

—Hace un rato estuve aquí y compré un libro. Me atendió un hombre mayor y me gustaría hablar con él —le explico.

—Aquí solo trabajo yo —vuelve al ordenador.

—Pero él estaba aquí y hablé con él —insisto.

—Mire señorita —alza la vista para mirarme, poniendo un tono algo brusco— esta es mi tienda y yo soy el único que se coloca detrás del mostrador. Aquí no hay ningún señor mayor. ¿Le puedo ayudar en algo más? —me dice, de forma despectiva.

Me clava la mirada. Digo adiós y salgo de la tienda, avergonzada. Observo durante un instante el escaparate. Estoy segura de que era esta tienda. Junto a una zapatería y haciendo esquina con un callejón. No entiendo nada.

Lo repaso todo en mi mente mientras me dirijo a casa. Cada vez estoy más confundida. Y empiezo a no estar segura de qué es real y qué no lo es. En casa, busco en mi ordenador información sobre lo que he leído en el libro. Pero solo hay artículos explicando lo mismo.

Mi madre me llama para ir a cenar. Estoy tan abstraída con el ordenador, que me sobresalto, le doy un golpe al libro y cae al suelo boca abajo. Al recogerlo, veo que se ha quedado en el suelo una hoja, que parece doblada. La cojo y la abro. No puedo leerla. Está en otro idioma, pero no lo reconozco. Mi madre me vuelve a llamar. Dejo el libro y la nota en mi mesa y bajo algo fastidiada por tener que interrumpir mi investigación.

Tras la cena, vuelvo a mi habitación y me doy cuenta de que ni el libro ni la nota están donde los dejé. Busco por toda mi habitación y no los encuentro. ¿Pero qué está pasando? ¿Acaso me estoy volviendo loca? Dejé ese libro en la mesa y ya no está. Tengo la cabeza cada vez más embotada. No puedo seguir pensando en lo mismo, así que decido irme a la cama y poder descansar. Tal vez mañana lo vea todo más claro.

Casi a punto de dormir, se me pasa por la mente ese lago y la cabaña que hay junto a él. Esa imagen me da tranquilidad, así que la uso para dormirme. Empiezo a escuchar a lo lejos el trino de unos pájaros y siento una brisa refrescante. De pronto, abro los ojos alarmada y veo que vuelvo a estar en ese otro lugar. Y de nuevo en pijama y descalza, aunque hoy llevo calcetines. Me los puse antes de meterme en la cama. Tenía algo de frío en los pies. Me giro hacia la cabaña y llamo a la puerta. Me abre ese joven rubio de ojos claros e intensos.

—Hola de nuevo —me sonrío. Eso hace que me dé un cosquilleo en el cuerpo—. Pasa, mi abuela te está esperando —sigue sujetando la puerta y esperando a que entre. Paso a su lado y capto su aroma. Huele a bosque. Al entrar, veo a la anciana junto al fuego. Y lo más extraño, el libro está sobre la mesa.

—Siéntate, esta vez hablaremos —voy hacia la silla que está frente al libro.

—Yo me voy de caza al bosque. Esta parte la sé de memoria —le dice el joven a la anciana—. Espero que no salgas huyendo —me dice con una sonrisa pícaro. Vuelve a sentir ese cosquilleo. Sale de la cabaña.

—Creo que aún no os habéis presentado formalmente —trae dos vasos, de los que sale vapor—. Se llama Anrai. Vivimos los dos aquí, desde que sus padres murieron cuando él solo era un niño —se sienta frente a mí.

—¿Cómo ha llegado este libro aquí? Lo tenía en mi habitación —tengo demasiadas preguntas en mi cabeza, pero solo logro decir eso.

—Ha vuelto al lugar al que pertenece, después de haber cumplido su cometido —sigo igual de confusa. Suspiro, para relajarme y ordenar mis ideas.

—Muy bien. ¿Me puede explicar lo que está pasando? Desde el principio —le aclaro. Ella bebe un sorbo de su vaso.

—En resumen, estás en otra dimensión o mundo paralelo, como quieras llamarlo. Y has venido aquí a través de un pliegue entre el espacio y el tiempo —mi expresión debe parecer de alguien muy confundida—. Si quieres saber más sobre eso, tendrás que hablar con Stalzar.

—¿Quién? —estoy cada vez más desconcertada.

—Stalzar es el wizardteck —sigo igual—. Es el mago tecnológico del territorio. Se encuentra en Hertheiven —señala a través de la ventana la ciudad que hay a lo lejos.

¿Hertheiven? ¿Mundo paralelo? ¿Mago tecnológico? Mi cabeza está a punto de explotar. La verdad es que apenas me ha aclarado nada. Y tengo tantas preguntas... Pero ahora solo tengo una en mente: ¿Por qué yo?

Capítulo 3:

Camino al corazón de Goldheiven

Fiona, la amable anciana de la cabaña, no me está aclarando nada. A todas las preguntas que le hago, sonrío y me contesta: «No tengo respuesta para esa pregunta». Así que estamos esperando a Anrai, su nieto, para que me lleve a la ciudad, donde se encuentra Stalzar, el Wizardteck o mago tecnológico, como lo llaman por aquí.

Durante ese rato, ella me cuenta cosas de este lugar. Los colores son más vivos porque aquí la magia rebosa por todos los rincones, aunque son muy pocos los que pueden manejarla. Los aparatos, herramientas y transportes funcionan con una mezcla de tecnología y magia. Fiona me aclara en cada momento, antes de que le pregunte, que no puede explicarlo con más detalle.

Entra a una habitación. En ese momento, Anrai llega cargando con varios animales atados en una cuerda. Y vacía su saco encima de la mesa. Hay plantas y frutos de varios colores y tamaños.

—¿Tengo que llevarla a la ciudad? —pregunta Anrai a su abuela cuando ella sale de la habitación. Ella asiente.

—Pasa a la habitación —me dice Fiona—. Te he dejado ropa encima de la cama y unas botas cómodas.

Paso a la habitación. Es sencilla. Una cama, una mesita y un armario. Cojo la ropa que hay sobre la cama. Son unos pantalones marrones sencillos, una blusa beige de manga corta, una chaqueta oscura larga y unos botines negros con un poco de plataforma. Las telas son distintas a las que conozco, su tacto es suave, apenas se aprecian costuras y parece cálida nada más tocar mi piel. Puede parecer similar a la ropa de mi mundo, pero todas esas características hacen que parezcan distintas.

Tenía la sensación de que la ropa me iba a venir un poco grande, pero a medida que me las ponía, parecía como si se estuvieran ajustando a mi cuerpo. No hay ningún espejo, así que no puedo comprobar cómo voy vestida. Al salir, veo que Anrai lleva dos sacos. Me da uno a mí. Él también va con una vestimenta sencilla. Camisa, chaleco, pantalones y botines. Todas en distintos tonos de tierra, tanto claros como oscuros. Fiona se acerca a mí.

—En la bolsa llevas una muda, comida y agua. Anrai lleva más cosas en la suya. Tardaréis dos días en llegar caminando a Alyara. Es el pueblo más cercano.

—¿Caminando? ¿No tenéis ningún vehículo? —mi voz suena alarmada y desconcertada. Ella sonrío.

—Lo siento cielo. En Alyara podréis encontrar un transporte.

—Vámonos —él es aún menos hablador que su abuela.

Nos ponemos en marcha. Vamos por una senda que bordea el lago. Los árboles tienen formas y colores distintos de los que conozco. Sus estructuras se asemejan a la figura de una persona y tienen distintas tonalidades: verde, amarillo, rojo, azul, rosa... Se ven pájaros de muchos colores, brillantes. Sus cantos tienen un sonido agradable y cautivador.

Me acerco a un árbol donde se escucha más su melodía. Cierro los ojos para sentir más su armonía y apoyo una mano en el tronco. Noto una corriente por todo mi cuerpo, y empiezo a escuchar varias voces. Están poniendo letra a la canción que entonan los pájaros. No reconozco el lenguaje. Se forma una imagen en mi cabeza, como de una persona. Es solo una silueta brillando con intensidad. Noto viento a mi alrededor.

—¡Ariadna!

Oigo una voz masculina gritando mi nombre. Abro los ojos, pero solo veo las copas de los árboles. Me siento extraña, más ligera. Hay mucho viento en torno a mí. Miro hacia abajo y me empiezo a asustar. ¡Estoy flotando! ¡Me encuentro suspendida en el aire a tres o cuatro metros del suelo! Veo a Anrai trepando por un árbol que hay junto a mí. Los pájaros, posados en las ramas de varios árboles a mi alrededor, siguen cantando. Lo que es raro, porque suelen callarse cuando hay personas cerca.

No sé qué hacer. No tengo ni idea de cómo he llegado aquí arriba, ni de cómo es posible que esté flotando. Estoy empezando a entrar pánico. Noto cómo esa corriente deja mi cuerpo y el viento que me rodea se va parando. Cuando empiezo a caer, suelto un grito. Y Anrai, que está sujetado a una rama, me coge del brazo.

—¡Aguanta! —agarro su brazo lo más fuerte que puedo—. ¡Cógeme con la otra mano! —lo hago. Él empieza a elevarme, hasta que llego a la altura de la rama. Me aferro a ella con ambas manos. Anrai me coge por la cintura con un brazo y me subo a la rama, sentándome. Nuestros cuerpos están pegados. Me está sujetando fuertemente con un brazo. Nos quedamos un momento mirándonos. Mi corazón se está acelerando.

—Gracias —consigo decirle, intentando no sonrojarme.

—Mi abuela tenía razón sobre ti —su cara no muestra ninguna expresión. Aún no le he visto mostrar ninguna emoción.

—¿Sobre qué?

—Eres especial —nos quedamos unos segundos mirándonos. Intento mantener a raya mi respiración para que mi corazón vuelva a la normalidad—. Bajemos —interrumpe nuestro cruce de miradas y empezamos a descender. Me ayuda a bajar del árbol.

—¿Sabes lo que me ha pasado? —le pregunto mientras me sacudo las astillas que se me han quedado pegadas a la ropa. Él hace lo mismo.

—Ha sido cosa de la magia. Continuemos. No te pares ni te separes de mí —seguimos la caminata.

—No lo entiendo. ¿Alguien me ha atacado con magia? —Le sigo preguntando.

—No. Ha sido el bosque —no parece querer continuar con esta conversación.

—¿El bosque tiene vida propia? —insisto.

—Algo así —se detiene y me mira—. Escúchame bien. Yo apenas sé nada sobre la magia. Cualquier pregunta sobre eso, guárdatela para hacérsela al Wizardteck —se gira y reanuda el camino. Es muy brusco. Le sigo.

—¿Y puedes contarme algo sobre este mundo? Tu abuela me ha hablado un poco de este... sitio. Pero no mucho.

—No salgo mucho del Bosque Este. Solo voy a Alyara cada dos o tres meses y nunca salgo del sendero —su falta de respuestas me está exasperando.

—Vale. Pues háblame de lo que sabes y lo que conoces —le digo, con un tono algo irritado.

—¿Cómo qué? —no parece tener muchas ganas de hablar.

—¿Cómo se llama este lugar?

—El Bosque Este —es lo único que dice y estoy empezando a perder la paciencia con él. Es muy difícil sacarle información.

—Vale. Dime cómo se llama este mundo, qué ciudades hay... —él se detiene y me mira. Parece algo molesto. Yo intento ponerle una mirada de súplica. Anrai retoma el camino.

—Estamos en un territorio denominado Goldheiven. Su capital es Hertheiven, la ciudad que has visto a lo lejos, frente a las montañas. El Lago está en el centro, y hay dos grandes bosques, el Bosque Este y el Bosque Oeste. Al norte de El Lago está la capital, y hay varios pueblos. No sé exactamente cuántos, yo solo conozco tres—. Entre lo que Anrai me está contando, lo poco que me dijo su abuela y lo que he visto hasta ahora, estoy juntando las piezas de este puzle.

—Aquí las criaturas son muy extrañas. Son una mezcla de dos o tres tipos de animales de mi mundo. E incluso las plantas y los árboles tienen unos colores más brillantes y variados —él no responde a mi comentario—. ¿Hay algún gobierno o rey que dirija este mundo?

—El gobierno de Hertheiven está formado por un Consejo de seis personas, tres hombres y tres mujeres. Cada uno tiene conocimientos concretos de una especialidad. Stalzar es el Wizardteck Oficial, es un científico-mago, aunque en cada pueblo hay un técnico con conocimientos sobre la magia, Stalzar es el más poderoso.

—Perdona —le interrumpo—. ¿Qué es un científico-mago?

—Es alguien que se encarga de aplicar la magia a toda la tecnología. Luz, transporte, instrumentos... todo funciona con magia. Es la energía principal de este mundo —estoy intentando asimilar esto último.

—Entonces, ¿aquí hay magia? —sigo sin creérmelo.

—Sí —hay una pausa mientras asumo toda la información que me está dando—. ¿Y cómo es de grande este mundo?

—No lo sé. Las zonas que hay al este y el oeste se las llama Territorio Desconocido. Ambos bosques se conectan en el sur. Solo los separa el Río Medio. Y más allá hay una gran extensión desértica que aún no se ha explorado. Al norte, hay una zona separada por un gran muro construido hace siglos con una magia poderosa. Se llama la Región Oscura —hace una breve pausa—. En ella están encerradas unas criaturas horribles de distintas formas y tamaños, controladas por Darkos, el Brujo de las Tinieblas —Anrai parece no querer hablar más sobre el tema. Le doy un poco de tiempo. Caminamos en silencio, mientras los sonidos de los animales y el aroma de los árboles nos llegan a través de la brisa.

—¿Qué pasó? —le pregunto, con cautela. Le miro y noto cómo su rostro se tensa. Aunque no he especificado muy bien la pregunta, él la ha entendido.

—Hubo una guerra hace siglos. El Gran Mago derrotó al Brujo, lo encarceló y levantó ese gran muro. Desde entonces, siempre ha habido doce guardianes turnándose fuera de él, comprobando que no haya grietas ni fugas. Mis padres eran guardianes y murieron cuando yo tenía unos seis años. Se produjo una pequeña fuga. Varias Criaturas Oscuras se escaparon. Y tras conseguir derrotarlos, arreglaron la brecha. Pero requirió tanta magia que no pudieron sobrevivir a ello.

Esa historia me ha impactado mucho y a Anrai le ha afectado recordarla. No hablamos nada durante las siguientes horas. Lo cual aprovecho para reflexionar sobre todo lo que sé de este mundo. En especial, de la Región Oscura. Quizás me equivoque, pero puede que esté aquí por ese motivo. Al menos es lo que suele pasar en los libros de fantasía que he leído. El sol se está ocultando y empieza a hacer un poco de frío.

—Está anocheciendo. Deberíamos acampar —llevamos todo el día caminando y hemos hecho solo tres paradas.

—Ya era hora. Estoy agotada. No estoy acostumbrada a pasarme un día entero andando por un bosque —le suelto.

—Ni yo a tener que estar hablando con alguien sin parar —replica. Aunque pueda parecer irónico, el tono de Anrai refleja lo molesto que está.

—¿Y no te aburre el estar todo el día solo?

—No —contesta, cortante.

Yo no tengo amigos, pero al menos me relaciono en clase y con mi familia. Mientras él prepara un fuego, yo voy colocando los sacos de dormir. Menos mal que hay cosas que sí reconozco. Tras cenar, Anrai va a por más leña. Yo me quedo frente al fuego con las manos extendidas hacia él para calentármelas. Ha bajado bastante la temperatura. Empiezo a escuchar lo que creo que son grillos. Pero su chirrido no es molesto, sino que tiene una preciosa armonía. Me vuelvo a dejar seducir por el canto de los animales y cierro los ojos.

Comienzo a tener calor y noto como si me estuvieran acechando. Abro los ojos y encuentro frente a mí, al otro lado de la fogata, una criatura espantosa. Parece una mezcla de araña y lagarto. Tiene mi altura, cuatro ojos, seis patas, y una cola enorme. Grito por instinto y de mi pecho sale una oleada de fuego que le da de lleno al animal, lo que le hace chillar. He caído hacia atrás debido al impulso de lo que he expulsado, así que me levanto y retrocedo. Me doy cuenta de que mi cuerpo reluce como si estuviera en llamas.

La bestia se abalanza sobre mí y, al levantar los brazos para protegerme, vuelve a salir otra oleada de fuego. Esta vez le quema parte de la cara y una pata. No para de chillar. Es un sonido horrible. Se oye un silbido y una flecha se clava en uno de sus ojos. Giro la cabeza y veo a Anrai con el arco en su mano mientras corre hacia mí. La criatura se pone en posición para atacarle. Él dispara otra flecha al mismo tiempo que sigue corriendo en mi dirección. Se clava en el pecho del animal, que se eleva sobre las patas de atrás y profiere un alarido atronador.

De pronto, algo se apodera de mí. Me acerco a la bestia y expulso de mis manos otra oleada de

fuego, esta vez más intensa y durante más tiempo. La criatura sigue chillando. Se está quemando. Tras un rato que me parece eterno, cae muerta. O eso espero, porque mis fuerzas se han debilitado y creo que me voy a desmayar. Lo veo todo borroso y mi cuerpo está dejando de responderme. Hasta que se hace la oscuridad y el silencio.

Capítulo 4:

Un viaje accidentado

Abro los ojos con dificultad. Veo el techo de mi habitación. Me incorporo en la cama. Estoy muy cansada. Vuelvo a estar en casa. Abro la ventana y noto como una ligera brisa me acaricia la cara. Eso me hace recordar el momento en el que un torbellino de viento me hizo estar suspendida en el aire durante mi breve estancia en el bosque. Pero, ¿qué me pasó allí? ¿Quién me hizo eso? Tendré que esperar a la noche para averiguarlo, ya que parece que solo aparezco allí cuando me duermo. Lo curioso es que, después de volver las otras veces que he estado allí, me he levantado descansada. Pero hoy, estoy agotada.

En el baño, enciendo mi vela perfumada. Mientras el aroma inunda la estancia, me viene a la mente lo que pasó anoche. Estaba cubierta de fuego, pero no me quemaba. Viendo mi reflejo en el espejo, no distingo ninguna quemadura. No me había dado cuenta hasta ahora de que llevo la ropa que me dio Fiona. Está un poco sucia. Me desvisto y compruebo el resto de mi cuerpo antes de meterme en la ducha. No hay ni quemaduras ni cicatrices. Incluso los arañazos y la herida que me hice en mi primera visita, se han curado totalmente. ¿Qué tipo de pomada me echó Anrai?

Bajo la ducha, reflexiono sobre esos dos hechos. El viento me elevó y el fuego me envolvió. Pero además, no sé cómo, expulsé fuego por las manos y quemé a aquella criatura. ¿Eso quiere decir que puedo controlar el fuego? ¿Lo del aire también fue cosa mía? Tengo el poder necesario para viajar a otro mundo, así que es posible que tenga magia en mi interior. Todo parece tan surrealista... Antes de salir de la ducha, lavo la ropa que llevaba puesta.

Mientras me seco y me visto, pienso en lo de la magia. ¿Podré utilizarla aquí? Veo la llama de la vela y extiendo mi brazo. Cierro los ojos para concentrarme. Inspiro y espiro varias veces. No noto nada raro. Los vuelvo a Abrir. La llama sigue igual. Suspiro, decepcionada y salgo del baño con la ropa que he lavado. La tiendo en mi balcón. Mi madre no suele entrar en mi habitación, así que tengo cierta seguridad de que no la vea.

Otro día más en el instituto. En mi libreta voy dibujando todo lo que he visto hasta ahora en ese otro lugar. Los paisajes, los animales, la ciudad de lejos... e incluso a Anrai, aunque no se me dan bien los retratos. Y ahora estoy terminando de dibujar esa criatura horrible. En la hora libre, me pongo a investigar más sobre otras dimensiones, pliegues en el espacio y esas cosas por el estilo. Todo son teorías, claro, pero apenas he obtenido respuestas en mis otras visitas a Goldheiven.

De vuelta a casa del instituto, resumo todo lo que sé, por lo que he visto y leído. Tengo la capacidad de viajar a otro mundo en otra dimensión a través de un pliegue en el espacio-tiempo. Allí existe la magia y la utilizan como energía para su transporte, herramientas e instrumentos. Tanto el paisaje como los animales son distintos a los de este mundo. La flora tiene más brillo y color, y los animales parecen mezclas de varias especies que habitan este planeta, o eso me parece a mí. Hay un gran lago, bosques, varios pueblos y una ciudad, que es la capital. Pero también hay una zona llamada la Región Oscura, donde habitan unas criaturas horribles que un Gran Brujo controla. Llevan siglos atrapados tras un muro hecho con magia.

Creo que es todo, por el momento. Pero, ahora que lo pienso, ¿esa criatura que quemé es de la Región Oscura? Si es así, ¿cómo ha escapado? ¿Habrá más fuera del muro? ¿Y si he ido a parar en

ese mundo por ese motivo? No. No puede ser. Estoy divagando.

En casa está todo tranquilo, lo que es raro porque siempre hay alguna visita de familiares o de amigos. Tras una tarde sin mucho que hacer en mi habitación, bajo pronto para cenar. Así podré irme antes a la cama y dormirme para volver a Goldheiven e intentar resolver todas las dudas que tengo. Esta vez voy a ir preparada. En lugar de un pijama, me he puesto la ropa y el calzado que me dio Fiona. Me tapo con la sábana y el edredón, por si mis padres entran en mi habitación mientras duermo. Cierro los ojos y pienso en el bosque donde estuve anoche.

Empiezo a oler el aroma de los árboles y a escuchar a los pájaros. Abro los ojos y veo a un hombre apuntándome con una espada. Grito. La punta está apenas a unos centímetros de mi ojo izquierdo. Me caigo del susto y me quedo sentada.

—¡Alto! —grita Anrai—. Es ella —el hombre vestido con armadura, baja su espada.

—¿Quién es? —le pregunto a Anrai. Estoy paralizada por el susto.

—Él es Olsen, el custodio de Alyara —me ofrece su mano para levantarme—. Desapareciste y no sabía cuándo ibas a volver, así que decidí ir allí. Nos encontramos a mitad de camino.

—Tenía órdenes de venir a buscarla —dice el custodio, con voz firme. Es un hombre robusto, moreno y con pelo corto.

—¿A mí? —le pregunto, extrañada.

—Debo llevarla a Hertheiven.

—¿Quién se lo ha ordenado? —estoy confundida.

—Stalzar, el Wizardteck.

—¿Y cómo sabe que estoy aquí?

—Él tiene mucho poder. No sé cómo lo sabe, pero es así —otro tan hablador como Fiona y Anrai—. Debemos partir enseguida —nos dice Olsen. Miro alrededor.

—¿Dónde está la criatura de anoche? —les pregunto, al no ver a la araña—lagarto.

—Al Tarlag lo hemos incinerado y enterrado. En marcha —empieza a caminar. Anrai le sigue. Voy junto a él.

—¿Tarlag? —le pregunto.

—Así se llama lo que te atacó anoche —me responde Anrai.

—¿Vienes con nosotros?

—Sí —tan elocuente como siempre.

—Creía que solo me ibas a llevar hasta Stalzar.

—Y eso estoy haciendo.

—Pero como ya me acompaña el custodio...

—El joven también debe venir a Hertheiven —nos interrumpe el custodio.

—¿Por qué? —le pregunto.

—El Wizardteck lo ha ordenado —debía imaginar que me contestaría algo así.

Llevamos varias horas caminando. Empieza a haber menos árboles y vegetación. A lo lejos, el horizonte luce color marrón claro con tonos dorados. Al ir avanzando, además del paisaje, también cambia el aire. Se está volviendo más cálido. De pronto, tengo una sensación extraña, como si me estuvieran observando. Me detengo y giro para mirar atrás. Solo veo las ramas moviéndose por el viento, las hojas arremolinándose y el trino de los pájaros. El sonido que produce el bosque no es muy reconfortante, siento que me están dando una advertencia.

—¡Ariadna! —Anrai me despierta de mi ensoñación—. ¡Vamos! ¡No te quedes rezagada! —aligero el paso para alcanzarlos, pero aún tengo esa sensación de que algo va mal.

—Ten cuidado y permanece a mi lado —me avisa Anrai. El entorno ha dado un cambio radical. Hemos pasado de un bosque a una zona desértica—. Estamos en la Tierra Árida. Hay zonas muy arenosas y te pueden engullir.

—¿Hay tierras movedizas? —asiente—. ¿Y cómo las distingues?

—Por el color y textura de la arena. Debemos ir siempre por zonas con un tono claro y agrietado.

Este viaje va a ser más movido y complicado de lo que pensaba. Tras un rato de caminata, el custodio se detiene. Anrai alza un brazo delante de mí, como para protegerme. Mi sensación no andaba mal encaminada. Hay un silencio atronador. Todo parece estar demasiado en calma.

De pronto, se escucha un sonido extraño. Olsen mira hacia arriba. Anrai y yo hacemos lo mismo. Hay algo negro acercándose por el cielo. Se escucha un rugido ensordecedor. Olsen saca su espada y su escudo, y Anrai su arco y una flecha. Esa criatura se acerca cada vez más.

—¡Es un Murdrag! Anrai, hay que defenderse —dice Olsen—. No podemos ocultarnos en ningún sitio. Ariadna, intenta estar agachada.

Hago lo que me dice y me pongo de cuclillas. La criatura está casi a nuestra altura. Es enorme. Medirá como cinco metros. La forma de las alas se asemeja a las de un murciélago y su cabeza parece la de un dragón. Con una orden de Olsen, Anrai dispara su flecha alcanzando al Murdrag. Éste chilla y frena. Anrai vuelve a disparar y esta vez la criatura cae al suelo. Olsen corre hacia ella y le ataca. Esta interpone sus alas para parar los ataques de espada. Anrai se queda junto a mí, esperando su oportunidad para volver a lanzar otra flecha.

Estoy cada vez más asustada. Apoyo mis manos en el suelo y me pongo de rodillas para estar más agachada. Y de pronto, siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Cierro los ojos y noto como si mi cuerpo se estuviera conectando con la tierra. Es la misma sensación que tuve con el fuego. Abro los ojos y sin pararme a pensarlo, mantengo mis manos firmes contra el suelo y este empieza agrietarse. Hace una curva, siguiendo las órdenes que doy en mi mente. Esquivo a Anrai y a Olsen, y la grieta llega hasta el Murdrag.

Me concentro para hacerla más grande. La criatura empieza a perder el equilibrio. Intenta alzar el vuelo pero Anrai le dispara una flecha a un ala y el custodio le asesta con la espada en la otra. Yo continuo abriendo más la grieta, aunque mis fuerzas están empezando a flaquear. Olsen le da

una estocada en el pecho. El Murdrag chilla y se va cayendo por el agujero que he hecho. Intenta aferrarse, pero el custodio se lo impide. Cuando la criatura desaparece, hago un último esfuerzo y cierro la grieta. Olsen y Anrai se me quedan mirando. Me desplomo, pero no llego a desmayarme.

—¿Cómo estás? —me pregunta Anrai, que se inclina delante mío e intenta sentarme.

—Cansada —le respondo con voz débil.

—¿Cómo has hecho eso? —me pregunta Olsen, cuando llega hasta donde estamos Anrai y yo. Tiene una expresión desconcertante.

—No sé muy bien lo que ha pasado —contesto—, pero creo que he controlado la tierra —empiezo a atar cabos—. Pasó lo mismo con el fuego. Lancé esa llamarada contra lo que me atacó anoche.

—También controlaste el viento —añade Anrai. Le miro desconcertada—. Eras tú la que hizo ese remolino. Lo vi desde lejos —nos quedamos mirándonos unos instantes. Parece preocupado.

—Vamos. Debemos seguir. Aquí no estamos seguros —dice Olsen.

Anrai me coge en brazos y continuamos la marcha. De camino, Olsen nos dice que esa criatura era un Murdrag y que había salido de la Región Oscura, al igual que el Tarlag que maté anoche. Al parecer, desde hace poco tiempo se están viendo pequeñas criaturas de la Región Oscura fuera del muro. Pero hasta ahora no habían aparecido las de gran tamaño, ni tan lejos de esa zona.

Hemos cruzado la Tierra Árida sin ningún contratiempo más. El paisaje vuelve a ser verde. Es una pequeña pradera y a lo lejos se ve un pueblo, Alyara.

Aún sigo en brazos de Anrai. Como estaba cansada, no me había dado cuenta del calor que desprende su cuerpo y del aroma que emana. Los latidos de su corazón me habían ayudado a relajarme y su fragancia me hacía sentir protegida. Pero ahora ya estoy mejor y me está dando vergüenza seguir en sus brazos.

—Anrai, ya me encuentro bien —le digo sin mirarle a la cara—, puedes soltarme —se para y me mira.

—¿Estás segura? —me incomoda su mirada.

—Sí —me baja. Carraspeo y empiezo a caminar, intentando no ponerme colorada.

Nos adentramos en el pueblo. Sus adoquines tienen colores brillantes. Los edificios son de madera de distintos tonos de marrón. Se ven muchas personas por las calles. Sus vestimentas son como las que yo llevo. También hay un soldado cada varias calles. Su uniforme es plateado y llevan espadas envainadas en sus cinturones. Se ven caballos y carrmatos, pero no veo ningún vehículo a motor.

Nos acercamos al edificio más alto del pueblo. Hay mucha gente reunida allí. No me había dado cuenta hasta ahora de que todos se me quedan mirando a medida que voy avanzando. Nos paramos frente al edificio, donde hay una hilera de personas muy serias con sus ojos fijos puestos en mí. Algo me dice que hay algún problema con mi visita.

Capítulo 5: Camino a la capital

Tras una intensa reunión con los regidores de Alyara, hemos retomado el camino a Hertheiven en un vehículo motorizado llamado carrotor. En el vehículo recuerdo lo sucedido en dicha sesión.

Me sentía muy pequeña sentada en esa gran mesa, con todos alzando sus voces, dando sus opiniones sobre la situación. Anrai y Olsen estaban de pie junto a la pared, sin decir ni una palabra. Todos parecían preocupados por las apariciones de criaturas de la Región Oscura, y que una extraña haya llegado a su aldea, no les agradaba demasiado. Unido al hecho de que recibieran un mensaje urgente del Wizardteck Oficial de la capital ordenando que el Custodio del pueblo fuera en busca de esa desconocida y que la llevara hasta él, hacía que recelaran aún más de mí.

Al final se decidió que Olsen, el Custodio de la ciudad, me llevara a Hertheiven. Y que nos acompañaran Anrai y uno de los regidores, cuyos conocimientos de la magia le hacían el candidato perfecto. Aunque a Morward, el técnico de Alyara, encargado de reparar todos los instrumentos y aparatos que funcionan con magia, no le hizo mucha gracia esa decisión.

El carrotor no es muy rápido. Iremos a unos cincuenta o sesenta kilómetros por hora. El vehículo está construido con materiales similares a un coche. Tiene techo pero no hay cristales en las ventanas. Y los asientos no son individuales, son como los bancos. Olsen está conduciendo el vehículo. Solo hay un asiento delante. Los asientos de atrás están pegados a los laterales. Anrai está a mi lado, sentado en la parte de atrás del vehículo y Morward está en los asientos que hay detrás de Olsen, frente a mí. Es un hombrecillo menudo y casi calvo.

—Usted sabe cosas sobre la magia, ¿no? —le pregunto a Morward.

—Sí, pero no mucho. Solo lo necesario para saber cómo funcionan los aparatos tecnológicos — tiene una voz muy débil, acorde a su aspecto.

—Entonces, ¿no sabe nada sobre mí y lo que puedo hacer?

—Solo sé que ya nadie posee magia y que Hertheiven es el único lugar donde puede extraerse. Y solo lo puede hacer el Wizardteck —parece incómodo con esta conversación. Estoy empezando a perder la paciencia.

—Aquí nadie parece tener respuestas para mí. Ya me estoy cansando de estas conversaciones tan breves y poco informativas —sigo con tono irónico—, espero que el gran Wizardteck me dé las respuestas que necesito —cada vez estoy más cabreada. Anrai me echa una mirada de advertencia—. ¿Podemos parar?

—No —dice Olsen, mientras sigue conduciendo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Ahora vamos a cruzar el río.

—Estoy mareada. Solo serán cinco minutos —insisto, impaciente e irritada.

—Yo de ti, pararía. No tiene muy buena cara —interviene Anrai. Me mira con una pequeña

sonrisa, la primera que le veo desde que le conozco. Estoy demasiado ofuscada como para que esa sonrisa me produzca alguna sensación.

Olsen detiene el vehículo a un lado del camino. Me bajo y avanzo en dirección a unos árboles cercanos. Respiro profundamente para intentar tranquilizarme. Me detengo y cierro los ojos. El sonido de las ramas moviéndose con el viento y la melodía del canto de los pájaros me trae calma. Siento la brisa acariciando mi cara.

Me da un escalofrío, una mala sensación. Abro los ojos de golpe y miro a mi alrededor. Tengo la sensación de que me están observando. Me fijo en unos arbustos altos. Se están moviendo. Distingo dos luces amarillas pequeñas. Empiezo a acercarme, cuando algo sale de un salto hacia mí y cae de pie. Esa... criatura está solo a medio metro de mí. Me he quedado paralizada. Tiene forma humana, pero su piel es totalmente oscura y parece quemada. Las dos luces amarillas eran sus ojos. Tiene grandes colmillos y parece algo encorvado. Me está mirando fijamente.

«Te estoy esperando», escucho una voz en mi cabeza. «Ven conmigo». Es profunda y con eco. No sale de la criatura que tengo frente a mí. Al menos eso creo, porque no ha abierto la boca. «Libérame», vuelve a decirme.

—¿Quién eres? —pregunto en voz alta.

La criatura da un paso hacia mí. «Soy Darkos, el Gran Brujo de las Tinieblas», me responde. Es como si alguien se estuviera comunicando conmigo a través de ese ente que tengo frente a mí. No me gusta esta situación. Ese ser vuelve a dar otro paso. Instintivamente y sin pensarlo, alzo los brazos lateralmente y un remolino de viento me empieza a envolver y a elevarme un poco. Intenta atacarme, muevo los brazos hacia delante con las palmas hacia fuera y le lanzo un torbellino de viento. Le da de lleno haciéndole volar por los aires hacia atrás varios metros. Cae entre los arbustos.

Bajo los brazos, lo que hace que el remolino se pare y descendiendo al suelo. Salgo corriendo hacia el camino. Voy mirando hacia atrás para asegurarme de que no me sigue y me tropiezo con Anrai. Caemos al suelo, quedándome encima de él.

—Una criatura me sigue —le digo con voz alterada.

Me aparta, se pone de pie enseguida y coge su arco y el carcaj, del que extrae una flecha. Olsen se coloca a su lado, espada en mano. Pero nada aparece. Olsen sigue en guardia. Anrai se da la vuelta y me levanta.

—¿Cómo era? —me pregunta. Yo sigo alterada.

—Era como humano, pero con la piel quemada y ojos amarillos.

—Un Humdark —dice Olson, girándose. Se acercan unos vehículos—. Rápido, subid. Hay que continuar.

—¿Y si sale y ataca a la gente que viene por ahí? —pregunto preocupada señalando hacia los vehículos. Olsen ya está al volante y ha arrancado nuestro carrotor. Anrai espera junto a mí.

—¡No hay tiempo! ¡Tenemos que llegar a Hertheiven lo antes posible! —me grita Olsen.

—¡No puedo irme así! ¡Puede salir en cualquier momento! —le replico, intranquila.

—¡No hay tiempo! —vuelve a repetir.

—No pienso irme hasta estar segura de que están a salvo!

Los vehículos se aproximan hasta donde nos encontramos. Olsen sale, cabreado, y nos quedamos los tres mirando hacia los árboles. Morward sigue dentro del carrotor, agazapado. Los tres vehículos están pasando por nuestro lado. Me da un escalofrío y la criatura sale de un salto hacia el primero de ellos. Los tres corremos hacia él. Los pasajeros gritan. Anrai le dispara una flecha y le da en un brazo. El Humdark salta del vehículo al camino, se arranca la flecha y saca una espada con una forma extraña. Olsen le ataca. Mientras tanto, yo corro hacia el otro lado del vehículo para ayudar a la gente que se ha caído cuando ha atacado el Humdark.

Tras ayudarlos, los carrotores siguen su camino. Olsen y Anrai siguen peleando con la criatura. Esta sale despedida en mi dirección cuando Olsen le asesta con la espada. Doy varios pasos hacia atrás para esquivarlo, pero acabo al borde de un remanso que hay junto al río. Pierdo el equilibrio y caigo. Olsen y Anrai gritan mi nombre. El remanso no es profundo, pero sigo sumergida. Siento como algo empieza a fluir por mi cuerpo. De pronto, salgo despedida hacia arriba con el impulso de una fuente. El agua está recorriendo mi cuerpo y me empieza a envolver en un huracán.

El Humdark se vuelve hacia mí, yo extendiendo mis brazos en su dirección y dirijo el agua hacia él. La hago rotar girando mis manos, encerrando a la criatura en una bola de agua. Sigo elevada por el huracán y empiezo a alzar las manos con las palmas hacia arriba, lo que hace que la bola de agua con el Humdark en su interior se eleve. Se está ahogando. Intenta salir pero no puede. Olsen y Anrai observan la escena. Noto que me estoy quedando sin fuerzas, así que bajo de golpe los brazos y la bola de agua se estrella contra el suelo. Veo a Olsen acercarse a la criatura y clavarle la espada, mientras caigo al remanso.

Estoy flotando boca arriba. Veo el cielo. Oigo a Anrai gritar mi nombre. Parece estar muy lejos. Los párpados me pesan. Anrai me coge por la cabeza y la cintura para incorporarme un poco. Sus ojos claros son lo último que veo antes de desmayarme.

Espero despertarme en mi habitación, pero cuando abro los ojos, no es el techo de mi dormitorio lo que veo. Es de madera. Tengo la cabeza embotada. Me incorporo con dificultad. Es una habitación grande, con una cama, una mesa con dos sillas de madera, y una chimenea encendida. Me destapo, sentándome en la cama. Llevo un camisón. Veo mi ropa tendida frente a la chimenea. Hay una ventana a los pies de la cama. Me levanto y voy hacia ella. Está oscureciendo. ¿Por qué no he aparecido en mi dormitorio, como pasa siempre que me desmayo?

Hay dos puertas, una al lado de otra. Abro una de ellas. Es un baño. Hay un gran espejo. Entro y me acerco a él. Observo mi reflejo. Tengo la sensación de que hay algo distinto en mí. Mi pelo rojo ondulado tiene un brillo dorado que antes no tenía. Mi piel está un poco bronceada. Algo extraño, porque hasta hace unas horas era blanca. No soy de las que se tumban a tomar el sol. Me acerco para ver con más detalle mi cara. Mis ojos también parecen diferentes. Tienen un brillo que no puedo describir.

Tras un rato en el baño, salgo para comprobar si mi ropa está ya seca. Por suerte, está lista para ponérmela. Lllaman a la puerta. Cuando abro, Anrai está frente a mí. Me mira de arriba abajo y parece incomodarse. Me doy cuenta de lo que llevo puesto. Ahora soy yo la que se incomoda. Dejo la puerta abierta.

—Pasa —me dirijo a coger mi ropa—. Me cambio enseguida —entro al baño.

—Me alegro de que ya estés despierta y que no hayas desaparecido como las otras veces —me dice desde el otro lado de la puerta.

—Sí. Eso estaba pensando. Es raro que aún siga aquí —le contesto—. Por cierto, ¿dónde estamos?

—En una posada de Oakin. Un pueblo que está a un día de la capital —salgo ya vestida. Llevo puesta la misma ropa que he llevado durante el viaje, pero él me mira de forma diferente.

—¿Y cuando salimos? —le pregunto. Parece como si le despertarse de una ensoñación. Vuelve a poner la misma cara de siempre.

—Olsen y Morward nos esperan abajo para cenar. Partiremos después —vamos saliendo de la habitación.

—¿Vosotros estáis bien? ¿Habéis salido heridos? —le pregunto mientras bajamos las escaleras.

—Estamos bien y hemos descansado.

La sala es grande, con muchas mesas. Hay bastante gente. Nos sentamos en una mesa donde Olsen y Morward están comiendo.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Olsen.

—Un poco cansada, pero bien. Gracias —Morward no deja de mirarme.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí. Es solo que... —parece no encontrar las palabras—, jamás había visto algo así. Controlaste el agua —creo que ya no le incomoda este tipo de conversación. Es más, diría que está fascinado con ello.

—Sí. Eso creo —ahora soy yo la que está incómoda.

—¿Has hecho algo más? —sus ojos están muy abiertos.

—Le lancé llamas a un Tarlag, quemándolo. Y abrí un agujero en la Tierra Árida que se tragó un Murdrag —le contesto, recordando esas escenas.

—Y también te elevaste con un torbellino de viento —me recuerda Anrai.

—Viento, agua, tierra y fuego. Tienes la capacidad de controlar los cuatro elementos —está cada vez más emocionado.

—Y de viajar de una dimensión a otra —apunta Anrai. Hoy está más hablador de lo habitual.

—Dejad el parloteo y comed, nos marchamos enseguida —interrumpe Olsen.

Nos ponemos en marcha al terminar de cenar. Solo falta un día para llegar a Hertheiven y, aunque el camino suele ser seguro, tras los ataques sufridos anteriormente, tenemos que estar alerta. Me parece que mi pequeña aventura en este mundo va a ser más peligrosa de lo que me hubiese imaginado.

Capítulo 6: Stalzar, el gran Wizardteck

De camino en el carroter, no hemos tenido ninguna conversación. Estamos todos en silencio. No sé si comentar lo de mi “diálogo” con Darkos. No creo que ellos me puedan ayudar ni aclarar nada, así que decido callarme. Se lo contaré al Wizardteck cuando llegemos a Hertheiven. Cierro los ojos para relajarme.

Oigo una voz femenina familiar a lo lejos. Intento abrir los pesados párpados, pero me está costando. Vuelvo a oír esa voz. Esta vez la puedo distinguir. Es mi madre y está diciendo mi nombre. Consigo abrir los ojos al final. Veo la cara de mi madre. Yo me parezco a ella, los ojos color caramelo, el cabello rojizo, la forma de los labios...

—¡Ariadna! —vuelve a repetir—. Por fin. Llevo llamándote un par de minutos. Anda, levántate. Voy a poner una lavadora. ¿Tienes algo de ropa para lavar?

—No —estoy adormilada—. Está toda en el cesto —va saliendo de mi habitación.

—Y levántate ya. Hace un día precioso para ir al parque —se va.

Me incorporo con bastante dificultad en mi cama. Mi madre ya ha abierto la ventana. He pasado demasiado tiempo allí. Debería empezar a controlar los viajes. Me levanto, cojo ropa del armario y me voy al baño. Me miro en el espejo. El brillo dorado sigue en mi cabello rojizo y mi piel está bronceada. Voy a tener que ponerme manga larga antes de salir de casa para que mi madre no note el cambio drástico de color en mi piel. Menos mal que hoy hace bastante sol. Cuando vuelva, le diré que me he bronceado en el parque.

Mi madre está ocupada y no me ve cuando le digo adiós antes de salir de casa. Ya en el parque, sentada bajo el sauce, observo a toda la gente. Las madres colocan sobre un mantel de picnic varias fiambreras, los niños corretean y ríen, parejas de ancianos están paseando, y solitarios sentados en bancos les dan de comer a los patos. Un frisbee cae en mi regazo y un joven se acerca por mi derecha.

—Perdona —me sonrío. Debe tener mi edad.

—Tranquilo. Ten —le doy el frisbee.

—Te he visto varias veces por aquí. Siempre sentada en el mismo sitio. ¿Lo tienes alquilado? —sonrío.

—Me gusta. Puedo ver casi todo el parque desde aquí. —Gira la cabeza para observar lo que yo estoy viendo.

—Tienes razón —vuelve a mirarme—. Me gusta el color de tu pelo —no sé qué decir, así que solo sonrío. Uno de sus amigos le grita su nombre antes de que pueda contestarle—. Me tengo que ir. Mi nombre es Kevin, por cierto. ¿Y el tuyo?

—Ariadna.

—Nos vemos, Ariadna —me lanza una sonrisa cautivadora y se marcha.

Parece mono y simpático. Viene a mi mente la cara de Anrai y siento un cosquilleo en todo el cuerpo. Creo que me he puesto colorada. Intento borrar la imagen de mi mente, mientras leo un libro de fantasía. Si voy a pasar tiempo en un mundo con magia, tengo que aprender algo sobre ello. La mañana se me ha pasado volando. De vuelta en casa, veo unas maletas en la puerta.

—¿Mamá?

—Hola cariño —mi madre aparece en la entrada—, nos estamos preparando —va hacia la cocina. La sigo.

—¿Preparando para qué? —le pregunto, intrigada.

—Para nuestro viaje. —no para de moverse por la cocina.

—¿Qué viaje? —me mira. Mi cara refleja confusión y ella lo nota. Se acerca a mí.

—¿No te dijimos nada?

—No.

—Tu padre y yo nos vamos tres días a un balneario con tus tíos Elena y Mario. ¿De verdad no sabías nada?

—¿Tengo cara de que lo sabía? —le pregunto con ironía. Siempre hacen lo mismo. Son muy despistados y se les olvida contarme las noticias importantes. Pero de los cortes de pelo de mis tías, me informan enseguida.

—Lo siento. Ha pasado la semana y al final no te hemos dicho nada —sigue preparando cosas en la cocina—. En fin, volveremos el lunes por la noche. Tienes dinero en tu mesa y comida en el congelador. Si necesitas cualquier cosa, llama a una de tus tías.

—¿Me dejáis sola en casa? —digo sorprendida.

—Cariño, ya tienes dieciocho años y eres muy responsable.

—Ya, pero siempre que os vais de viaje, me quedo en casa de una de las tías.

—¿Quieres quedarte en casa de una de tus tías? —me pregunta, con la mirada fija en mí.

—¡No! —me ha salido demasiado alto. La idea de pasar sola en casa un fin de semana me ha gustado—. Quiero decir, no me importa quedarme aquí, sola.

Mi madre se ríe y sube a su habitación. Yo voy al salón para esperarles. Enciendo la televisión y pongo una serie policíaca. Tras una hora viendo a mi madre ir de un lado a otro de la casa, mi padre aparece por la puerta de la calle. Él es moreno, alto y lleva gafas. Yo he heredado su inteligencia.

—Hola hija —me saluda.

—Hola papá.

—Ya estás aquí —le dice mi madre a mi padre, mientras baja las escaleras—. Elena y Mario han llamado. Ya están listos.

—¿Y tú? ¿Estás lista? —le pregunta a mi madre.

—Sí. Podemos irnos.

Se despiden de mí. Salgo para decirles adiós con la mano. Ellos se alejan en coche. La verdad es que me viene bien estar sola en casa durante tres días. Tal vez, en ese tiempo, pueda averiguar y solucionar lo que me ha llevado a Goldheiven. Le dejo un mensaje en el contestador a mi tía Adela para decirle que no voy a salir en todo el fin de semana porque tengo que estudiar para los exámenes. Espero que eso sea suficiente y no se acerquen a casa o me llamen. Así no advertirán mi ausencia.

Mientras termino de ver un capítulo de la serie, me como uno de los platos que ha preparado mi madre. Después, subo a mi habitación, me cambio de ropa y acabo tumbada en la cama. Cierro los ojos y formo en mi mente la imagen del interior del carrotor. Empiezo a escuchar el sonido de un motor y unas voces lejanas. Voy distinguiendo la voz de Anrai. Parece estar hablando con Olsen. Abro los ojos y veo a Morward frente a mí. Pega un grito y Anrai gira la cabeza.

—Tranquilo. Soy yo —le digo a Morward. Él no me contesta. Solo se me queda mirando, anonadado.

—Has estado poco tiempo fuera —me dice Anrai. Veo una pequeña sonrisa en su rostro. Esta vez sí hace que me estremezca. Nos quedamos mirándonos fijamente. Siempre me pierdo en esos ojos azul claro.

—¡No puedes desaparecer así! —me grita Olsen, despertándome de mi ensoñación. Parece enfadado.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? —le pregunto a Anrai.

—Solo dos horas.

—¡No importa cuánto tiempo haya estado desaparecida! ¡No puede volver a marcharse! —no sé por qué me grita, pero no me gusta su tono.

—No es algo que pueda controlar aún del todo —le contesto. Estoy molesta—. Además, tengo una vida en mi mundo, unos padres con los que vivo. No puedo desvanecerme sin más —le dejo claro.

—No me importa. Tengo que llevarle hasta el Wizardteck Oficial de Hertheiven. Y hasta entonces, usted es mi responsabilidad.

—Me parece que no se puede razonar con él —le digo a Anrai. Suelta una pequeña carcajada. Yo sonrío.

—Cuéntame algo de tu mundo —me dice Anrai.

La tarde se pasa volando. Le hablo a Anrai sobre mi hogar, nuestros transportes, las ciudades, el mar, los animales y nuestra tecnología. Morward tiene los ojos cerrados, aunque no sé si está durmiendo. Anrai parece más relajado conmigo y a mí me resulta fácil hablar con él. Lo que es raro, porque no suelo ser muy sociable. No estoy cómoda hablando con la gente. Pero con él es diferente.

—Siento haberte envuelto en este lío. Tu vida era muy tranquila, en el bosque y con tu abuela —sonríe.

—Estaba demasiado tranquilo. Además, eres muy interesante.

Tiene sus ojos fijos en los míos. Nunca nadie me había mirado así, como si me conociese pero al mismo tiempo intentase descubrir mis secretos. Podría perderme en su mirada. Estamos en silencio. No sé cuánto tiempo pasa hasta que el carrotor se detiene. Olsen se gira hacia nosotros.

—Necesitamos más energía. Pasad a la posada —nos dice. Anrai y yo apartamos nuestras miradas. Bajamos. Está oscureciendo.

—¿Cuánto queda para llegar a Hertheiven? —le pregunto a Olsen.

—Está a medio día. Descansaremos un par de horas y volveremos a retomar el camino.

Hay un gran edificio y muchos árboles alrededor. El sol está desapareciendo tras una montaña. No había visto un atardecer aquí. Es increíble. Hermoso y muy distinto a la puesta de sol de mi mundo. Es difícil de explicar, es... mágico. Me quedo contemplando como el sol va bajando. Cuando desaparece del todo, me giro y veo que Anrai me está observando. Sonríe y él me devuelve la sonrisa. Avanzo hacia él y entramos juntos a la posada. Me siento bien cuando él está junto a mí.

Tras cenar, subimos a las habitaciones. Antes de entrar en la mía, Anrai se para a mi lado. Nos quedamos un momento mirándonos, se inclina hacia mí y me susurra algo al oído. Después se mete en la habitación contigua. Entro rápido a la mía y cierro la puerta. Mi corazón está latiendo muy deprisa. Mis piernas están temblando.

Intento recordar lo que me ha susurrando: «Cuando me necesites, estaré junto a ti. Siempre.» ¿Qué significa? ¿Que me auxiliará cuando esté en peligro? ¿O es por algo más? Creo que algo está creciendo dentro de mí. Siento una atracción por él que no puedo explicar. O sí. ¿Me está empezando a gustar en serio? No, no. Debería quitarme esa idea de la cabeza. Ya tengo bastante con estar en este mundo y asimilar que poseo “poderes mágicos”. Como para preocuparme por mis sentimientos hacia un chico... Me acuesto en la cama y acabo dormida enseguida.

Llaman a la puerta y me despierto de golpe. Vuelven a llamar. Voy hacia la puerta medio dormida. Frente a mí, un señor alto con una toga y un bastón me está mirando. Tiene unas facciones suaves y tiernas, pero parece serio. Detrás están Anrai, Olsen y Morward. El señor de la toga pasa dentro, mientras los demás se quedan quietos.

—Cierra la puerta. Tenemos que hablar a solas —miro a los demás, confusa. Ellos asienten con la cabeza y cierro la puerta—. Ariadna, llevo largo tiempo esperándote —se gira y clava sus ojos en los míos. Sigue igual de serio y su presencia me impone bastante—. Demuéstrame tus habilidades.

—Bueno —no sé qué decir—. Me salen sin pensar —sigue mirándome fijamente y eso me incomoda—. No me he puesto a practicar.

—Ya veo —parece decepcionado—, Ariadna, no hay tiempo. Debes practicar enseguida. Pronto iremos a la Región Oscura.

—¡Qué! ¡¿Qué vamos a dónde?! —me quedo estupefacta.

—Debes derrotar a Darkos.

—¿Qué?!

Capítulo 7: Llegando a Hertheiven. La primera batalla

Estoy sin palabras tras lo que me acaba de decir ese desconocido que ha entrado en mi habitación. ¿Que tengo que ir a la Región Oscura para derrotar a Darkos? Llevamos un rato en silencio. Él sigue observándome, sentado en la mesa. Y yo estoy paralizada, de pie junto a la puerta, asimilando esta situación. Intento pensar en qué decir.

—Vamos a ver —empiezo a decir. Estoy muy nerviosa—. Primero, ¿quién es usted?

—Soy Stalzar, el gran Wizardteck de Goldheiven.

—Vale —voy hacia la mesa y me siento frente a él—. Dice que lleva tiempo esperándome. ¿Cuánto tiempo? —se inclina hacia mí. Parece como si estuviera inspeccionando mi cara.

—Décadas —estoy confundida.

—Pero solo tengo dieciocho años.

—Cierto. Sabía desde hace unos cincuenta años que ibas a venir. Aunque ignoraba cuándo exactamente.

—¿Cómo lo sabía?

—En uno de mis viajes explorando el Territorio Desconocido, hallé un libro en unas ruinas. El Oragur. En él van apareciendo predicciones del futuro. Cada día las páginas van cambiando. En una de ellas había una profecía:

*«En su mayoría de edad,
una joven de otro mundo vendrá.
Con un valeroso compañero,
hacia el norte su camino emprenderá.
La magia de su interior emergerá,
y protegida por las flechas del arquero,
al Brujo de las Tinieblas derrotará
y así su destino cumplirá.»*

Otra vez me quedo sin saber qué decir. Él sigue mirándome fijamente. Parece que me estuviera estudiando.

—Bien —logro decir. Estoy estupefacta—. Bonitos versos. Pero... eso no quiere decir que yo...

—Eres capaz de viajar de una dimensión a otra a través de un pliegue espacio—temporal y de controlar los cuatro elementos —me levanto de forma brusca. No puedo seguir sentada. Empiezo a caminar de un lado a otro. Tengo los nervios a flor de piel.

—Ya sé que he vuelto aquí voluntariamente y he estado buscando respuestas, pero esto...

—Lo siento Ariadna. Me imagino que puede ser abrumador.

—¿Abrumador? —estoy cada vez más nerviosa. Stalzar se levanta y se acerca a mí.

—Debemos partir enseguida a Hertheiven. Aquí corres peligro —me empiezo a enfadar.

—¿Peligro?! ¡Me ha atacado un Tarlag, un Murdrag y un Humdark, cada cual más horrible y aterrador! Debo irme, sí, pero a mi casa —Stalzar me coge de los hombros y se inclina.

—Ariadna. Estás asustada, lo entiendo, pero necesitamos tu ayuda. El muro se está deteriorando y las criaturas oscuras están escapando. Darkos pronto tendrá la fuerza necesaria para soltar sus ligaduras. Es muy poderoso y volverá a sumir a Goldheiven en las tinieblas —hace una breve pausa al ver mi aterrada expresión. Retira sus manos de mis hombros—. Bajo Hertheiven, en las profundidades de la tierra, está la fuente de la magia. Solo yo sé cómo extraerla. Los bosques están conectados a ella, por eso también poseen algo de magia. Seguro que la has sentido. Ya nadie tiene magia en su interior, ni siquiera yo. Pero se está agotando. Darkos la está consumiendo para volver a alzarse. Y eres la única con el poder suficiente para derrotarlo.

Subidos en el carro, nos dirigimos a Hertheiven. Olsen va al volante y Anrai y yo estamos sentados en el mismo sitio que antes. Stalzar está frente a mí. Morward se quedó en la posada, esperando un transporte para volver a Alyara. Estando el gran Wizardteck junto a mí, sus servicios ya no son necesarios. Eso le dijo Stalzar. Morward parecía decepcionado, pero al mismo tiempo estaba aliviado de volver a su pueblo.

Estamos todos en silencio. Stalzar tiene los ojos cerrados. Veo por el rabillo del ojo que Anrai me va mirando de vez en cuando. Me pongo nerviosa cada vez que lo hace. Y yo repaso en mi mente todo lo que me ha dicho el Wizardteck. Estoy totalmente abrumada. ¿Una profecía habla de mí? ¿Soy la única que puede derrotar a Darkos? Si es tan poderoso, ¿cómo voy a poder acabar con él? Solo tengo 18 años. ¿Cómo pretende Stalzar que me enfrente a todas esas criaturas horribles y a un brujo con tanto poder?

—Estamos llegando —avisa Olsen.

Stalzar abre los ojos y tanto Anrai como yo miramos hacia delante para ver la ciudad. Es increíble. No tengo palabras. Tiene altos edificios con formas suaves y redondeadas, que sobrepasan los muros. Sus colores, en tonos pastel, son variados. Toda la ciudad parece brillar con luz propia. Está amaneciendo, lo que hace que resplandezca aún más. Tengo una sensación extraña, familiar. Creo que puedo sentir el poder que emerge de la ciudad. Empiezo a notar una energía en mi interior. La magia está recorriendo mi cuerpo. De repente, me da un escalofrío. Es el mismo que he sentido cada vez que me ha atacado una criatura oscura.

—¡Alto! —grito asustada—. ¡Olsen, para el vehículo! —le ordeno. Obedece.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Anrai.

—Las criaturas, están cerca. Las siento.

Todos salimos del carro. Estamos a unos metros de la ciudad, al norte de nuestra posición. Hay bosque en ambos lados de la ciudad. Estamos fuera, en una gran explanada sin nada donde ocultarnos, salvo el vehículo. Oteamos tanto la tierra como el cielo, cada uno mirando en una dirección. Siento que cada vez están más cerca. Estoy mirando en dirección al este. Hay un

silencio atronador.

De pronto se escucha un silbido. Me giro a mi izquierda y veo que Anrai ha disparado una flecha. Miro frente a él y un cuerpo oscuro está en el suelo. Aparecen de repente varios seres corriendo en nuestra dirección emitiendo sonoros gruñidos. Hay Tarlags, como la primera araña—lagarto de tamaño medio que me atacó en el bosque. También Humdarks, esos humanoides como el que me atacó junto al río. Y otras criaturas que no conozco, unas parecidas a leones con rasgos de serpiente, otras son una mezcla de osos y rinocerontes, y las demás no sabría ni cómo describirlas. Todas ellas horrorosas y aterradoras.

—¡Ya están aquí! —avisa Stalzar, que está detrás nuestro, junto a Olsen. Da con su bastón un golpe al suelo, el cual se ilumina y un rayo de luz roja sale de él hacia arriba.

Veo más seres salir del otro bosque también, pero en menor cantidad. Se escucha un sonido parecido al que hace un cuerno, prolongado y resonante. Viene de la ciudad. Decenas de soldados, con relucientes armaduras plateadas, salen por una gran puerta. Se escucha el ruido metálico de un ejército en marcha, mientras se dirigen hacia las hordas de criaturas.

—¡Ya vienen los soldados a nuestro auxilio! —dice Olsen.

Los seres siguen viniendo hacia nosotros. Anrai dispara una flecha tras otra y Olsen se ha acercado a mí para franquearme. Stalzar tiene los ojos cerrados, parece que se está concentrando en algo. Yo también debería hacer algo, pero el miedo me paraliza. Los soldados llegan hasta ellos y empieza la batalla. Solo había visto estas escenas en las películas.

Destellos plateados de las armaduras se mezclan con la sangre negra que sale de las criaturas. Olsen y Anrai me ordenan permanecer quieta tras ellos. Estoy apoyada en el carrozor. Oigo el sonido de decenas de flechas en llamas que salen de las torres exteriores de la ciudad. Miro hacia donde está Stalzar. ¿Qué está haciendo? Su bastón no para de brillar, pasando de un color a otro. Veo a los soldados luchar. Sus espadas desprenden luces de distintos colores, como si estuvieran en llamas. Eso hace que sus estocadas sean mortales. Y acabo dándome cuenta de algo. ¡Stalzar les envía magia a través de su bastón!

Magia. Yo tengo el poder necesario para combatirlos. Pero no sé controlarla muy bien. Aun así, he podido viajar de un mundo a otro por propia voluntad, y he usado el fuego, el agua y la tierra para matar a esos seres antes. Cierro los ojos, intentando conectar con la magia que hay en mi interior. Es difícil mantenerse centrada en algo concreto debido al ruido de la lucha de fondo. Intento relajarme. Creo que empieza a funcionar. Siento el viento en mi cara, la tierra bajo mis pies, el fuego de las flechas de los arqueros y el agua de un río que pasa por el Bosque Este.

Al abrir los ojos, noto como la magia quiere salir de mi cuerpo. Llamo con mi mente al viento. Extiendo los brazos a los laterales y voy subiéndolos hacia arriba, mientras el aire fluye a mi alrededor y me eleva. Subo hasta estar por encima del techo del carrozor y me poso sobre él. Extiendo mis brazos hacia delante, enviando una ráfaga de viento hacia un grupo de criaturas. Las envuelvo en un torbellino, haciendo que se eleven unos metros. Y bajo rápidamente los brazos, estrellándolos contra el suelo. Sangre negra salen de sus cuerpos.

Cruzo una breve mirada con Olsen y Anrai, y continuamos con la lucha. Utilizo el fuego que hay sobre los cuerpos muertos de los seres para lanzarlo contra los demás. Intento atacar solo a los

grupos donde no hay soldados, para que no haya heridos, pero cada vez es más complicado. No dejan de venir más criaturas. Bajo del carro por el lado izquierdo, me agacho y poso mis manos en el suelo. Cierro los ojos. Empiezo a sentir todas las pisadas. Intento ampliar la zona, para percibir más allá de la explanada. En mi mente se forma la imagen del bosque y del río. Lo están cruzando. Tengo que ir más allá.

Ahora veo una zona desértica, pero llena de rocas. Vienen más criaturas. Me concentro en las rocas. Empiezo a cambiar su composición y se vuelven afiladas. Las criaturas se están cortando con ellas. Líquido negro sale de sus cuerpos. Pero no es suficiente. Noto calor debajo de ese suelo. Creo que hay magma fluyendo bajo él. Me dispongo a abrir una gran grieta. El temblor llega hasta nuestra posición. Veo el río ardiente. Me concentro en él. Varias fuentes de magma suben hacia el exterior con fuerza. La lava salpica a las criaturas, quemándolas. Sus chillidos hacen que me estremezca.

«¡Detente insensata!», vuelvo a oír esa voz en mi cabeza. La ignoro y sigo haciendo que la lava suba, abrasando a más seres. Ahora empieza a gritar. Es atronador, lo que me está haciendo perder la concentración. Pero sigo controlando la lava. Las criaturas que aún siguen con vida empiezan a retroceder. «Has ganado esta batalla», escucho en mi cabeza. «Pero la guerra aún no ha terminado. Acabarás liberándome y te rendirás a mi voluntad». Noto que sale de mi mente. Hago retroceder la lava hasta la grieta y la cierro. Se vuelve a sentir un temblor mientras lo hago.

Abro los ojos. Veo a los seres que estaban en la explanada, correr hacia los bosques. Estoy sentada en el suelo, agotada y con la cabeza embotada. Escucho los sonidos a mi alrededor con dificultad. Anrai se agacha frente a mí. Me está diciendo algo, pero no le entiendo. Se me está nublado la vista. Anrai me coge antes de que mi cabeza golpee el suelo. Y veo sus ojos. Esos ojos claros que siempre me observan con detalle, preocupados, antes de desmayarme.

Capítulo 8: Hertheiven

Me hallo en un sitio sombrío. El paisaje es perturbador. Todo está negro, como quemado, muerto. Una estructura se alza frente a mí. Es alta, con formas puntiagudas. Tiene una enorme puerta. Mientras avanzo hacia ella, sonidos tenebrosos y escalofriantes hacen que se me erice la piel. Al acercarme a la puerta, ésta empieza a abrirse con un chirrido molesto. Sigo avanzando. Veo una gran sala con un techo muy alto y anchas columnas. Todo está ennegrecido y solo lo ilumina la luz del fuego de las antorchas.

A medida que avanzo, distingo a lo lejos, frente a mí, lo que parece un gran trono con una forma muy tenebrosa. En él reposa una figura oscura. Continúo recorriendo el pasillo y, cuando empiezo a distinguir esa figura, me detengo. Estaré apenas a cinco metros de él. Abre los ojos. Son rojos, como si estuvieran en llamas. Está rodeado por unas cadenas, las cuales brillan cada vez que hace un movimiento.

«Ven a mí», escucho una voz en mi cabeza. Lo que hace que me dé un escalofrío. «Me perteneces, Ariadna». Quiero echar a correr, pero no puedo. Estoy paralizada. Y tampoco puedo gritar. Él empieza a moverse. Las cadenas brillan, pero están empezando a romperse. Quiero salir de allí. Sus ataduras terminan por romperse y él se abalanza sobre mí.

Me despierto dando un grito. Estoy en una cama y empapada en sudor. Me encuentro en una gran habitación. Está en penumbra. Veo frente a mí unas cortinas. Me levanto y voy hacia ellas. Las descorro. Contemplo infinidad de edificios deslumbrantes. Es una gran ciudad vista desde arriba. Abro el gran ventanal y salgo al balcón. Una ráfaga de aire me golpea, algo que agradezco. Me apoyo en la barandilla y observo la ciudad. Es hermosa. Edificios de diferentes tamaños y formas suaves se alzan ante mí. Sus colores vibrantes y el aroma embriagador que trae la brisa, me hacen sentir bien. Cierro los ojos.

Se oyen los ruidos típicos de una ciudad, gente hablando, el sonido de los motores... Puedo distinguir varios olores, como el del pan recién hecho, las flores, el bosque, y otros que me resultan difícil de identificar. Y todos ellos en conjunto hace que me empiece a relajar. Gracias a eso, empiezo a percibir una sensación recientemente conocida. Es la magia que hay en la ciudad. Toda ella rebosa de magia. La siento en mi interior.

—Bienvenida —escucho una voz detrás de mí. Abro los ojos un poco sobresaltada, me doy la vuelta y veo a Anrai. No muestra ninguna expresión.

—Hola —me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Se le ilumina toda la cara. Me quedo un momento mirándole.

—¿Estamos en Hertheiven? —le pregunto, saliendo de mi ensimismamiento.

—Sí —se acerca al balcón mirando hacia la ciudad—. Nunca había estado aquí —suspira.

—Es hermosa —la miro yo también.

—Te pusiste en peligro ahí fuera —me dice con tono preocupado, mirando más allá de la ciudad. Hago lo mismo y veo la explanada. Se ven zonas negras, de las que sale humo. Ya no hay

ningún cuerpo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —le pregunto, también con tono preocupado.

—Casi todo el día —vuelve dentro. Le sigo. Me tropiezo con la alfombra, que abarca casi toda la habitación. Anrai me coge antes de que me caiga. Estamos abrazados. Sus ojos reflejan preocupación.

—Tenía que hacer algo. Había demasiados —le explico. Estamos muy juntos. Siento los latidos de su corazón y él seguro que también nota los míos, acelerados. De pronto, se separa y carraspea.

—Vístete. Te están esperando. Aguardaré fuera —sale de la habitación.

Miro lo que llevo puesto. Es un camisón. No me había dado cuenta. Me sonrojo al pensar en el tiempo que hemos estado juntos llevando solo un fino camisón. Voy hacia un gran espejo para mirarme. El camisón es blanco y largo. La tela es parecida a la seda. Mi pelo está limpio. ¿Alguien me ha bañado? No sé cómo tomarme esa violación a mi intimidad. No veo mi ropa por ningún lado. Hay un gran armario junto al espejo. Abro dos de las hojas y veo mucha ropa. Vestidos, capas, faldas, blusas, pantalones... Cojo una blusa azul cielo y un pantalón oscuro. Abro la otra hoja. Hay muchos tipos de zapatos. Cojo unos botines negros.

Me quito el camisón y veo en mis brazos varias marcas de cicatrices. Voy al espejo. Las tengo por todo el cuerpo. Me acerco y veo que en mi cara también hay algunas. Por eso estaba Anrai preocupado. Me esforcé demasiado. Mi cuerpo no aguantó tanto poder en mi interior y acabé herida. Me pongo la ropa con algo de dificultad. No había notado hasta ahora el dolor que tengo en todo el cuerpo. Dejo el camisón encima de una silla, con cuidado para que no se arrugue. Hago la cama, cierro el ventanal y echo un vistazo a la ciudad antes de dirigirme hacia la puerta.

Anrai y yo bajamos por unas grandes escaleras, sin cruzar ni una sola palabra. No es de extrañar, pero esta vez es distinto. Siento que está enfadado o disgustado conmigo. Llevamos ya cinco pisos y aún no hemos llegado. ¿Cuántos habrá en total? Tras otros cuatro pisos, ya no hay más escaleras y seguimos por un gran pasillo. Cuadros de batallas y de paisajes decoran las paredes. Veo uno que me llama la atención. Me detengo frente a él. Estoy totalmente atónita. Lo contemplo con sorpresa, confusión y miedo.

—Darkos, el gran Brujo de las Tinieblas —veo a Stalzar junto a mí, mirando el cuadro. No me he dado cuenta de cuándo ha llegado.

—¿Es él? —espero que mi voz no suene tan aterrada como me siento.

—Sí —me mira. Yo giro la cabeza y vuelvo a contemplar el cuadro. Es un retrato de una figura oscura, sentada en un gran trono con formas retorcidas. Todo el fondo está pintado con tonos negros y grises. Solo los ojos de la figura tienen un color rojo fuego. Es igual que en mi sueño.

—Lo he visto —me atrevo a decir. Nos miramos—. En un sueño —mi cara debe reflejar lo aterrada que estoy, porque su expresión dura se ablanda.

—El Gran Mago que lo derrotó, fue el último de la historia que poseía magia —avanza un poco más y se detiene frente a otro cuadro—, Kagnoth —la figura de un hombre con una capa y un bastón posa sobre un fondo deslumbrante, con colores muy vivos y brillantes. Parece un hombre poderoso. El bastón es el mismo que sostiene Stalzar —vamos, llegamos tarde a la reunión.

Empieza a caminar. Echo un último vistazo al cuadro y le sigo. Anrai está esperando un poco más adelante. Cuando paso a su lado, se coloca junto a mí y caminamos muy cerca el uno del otro. Tanto, que nuestras manos casi se rozan. Llegamos hasta unas puertas enormes. Stalzar da dos golpes en el suelo con su bastón y las puertas empiezan a abrirse. Comienzo a ver una gran mesa. Todos los asientos están ocupados y los asistentes conversan entre ellos. Entramos Stalzar y yo, Anrai nos sigue un paso por detrás.

Se hace el silencio de golpe y todos me miran. Ya me había pasado en Alyara, cuando todo el mundo se giraba para observarme al pasar por su lado. Pero no me había sentido tan intimidada como hasta ahora. Yo, que siempre he pasado desapercibida, soy ahora el centro de atención.

—Sígueme —me dice Stalzar. Lo hago. Anrai va hacia la pared, dónde Olsen y varios uniformados más permanecen de pie, inmóviles. Nos dirigimos hacia el lado izquierdo de la mesa. Todos me siguen con la mirada. Llegamos al extremo, donde hay dos sillas vacías presidiéndola. Me señala la de la izquierda—. Siéntate aquí, por favor —lo hago, mientras él se sienta en la de al lado—. Estas seis personas forman el Consejo de gobierno de Hertheiven. Ellos son Gilrian, Lorna, Hodor, Inara, Irith y Trandor.

—Es muy joven, Stalzar —se queja Gillian, con un tono duro. Es un hombre robusto y con facciones muy rudas.

—Ya os avisé de que lo sería —contesta.

—Y no parece muy fuerte —interviene Irith, con tono igual. Es una mujer morena, con ojos negros y mentón afilado.

—Aún está asimilando su poder —su tono es firme.

—No dudamos de su poder, lo hemos visto todos —dice Lorna más amable. Tiene cabello dorado y una cara muy afable.

—¡Esto es una locura! —grita Trandor, mientras se levanta dando un golpe en la mesa. Es alto, moreno y con gafas—. ¡No podemos dejar el destino de Goldheiven en manos de una cría! —el resto de la gente empieza a hablar en voz alta a la vez. Hay unas quince personas más, aparte de los del Consejo. Se oyen muchas quejas. Stalzar se levanta. Va hasta un atril que hay detrás y coge un libro. Vuelve y lo deja caer en la mesa. Este hace un ruido tan fuerte que todo el mundo se calla de golpe. Stalzar sigue de pie.

—Este libro lleva advirtiéndonos de peligros desde hace cincuenta años —continúa hablando con mucha calma—, todas y cada una de sus hojas ha ido cambiando durante ese tiempo. Todas excepto una, en la que aparece la profecía. Jamás ha cambiado. Lo he leído muchas veces, y en varias ocasiones, he repetido la profecía delante de todos. Pero parece que a ustedes se les ha olvidado:

*«En su mayoría de edad,
una joven de otro mundo vendrá.»*

La empieza a recitar de memoria. Su voz, alta y grave, resuena por el gran salón. Todos se han callado. Stalzar continúa.

*«Con un valeroso compañero,
hacia el norte su camino emprenderá.
La magia de su interior emergerá,
y protegida por las flechas del arquero,
al Brujo de las Tinieblas derrotará
y así, ambos su destino cumplirán».*

Todos me observan. Yo desvío mi mirada hasta donde está Anrai, que tiene su vista clavada en mí. He repasado esos versos desde que Stalzar me los recitó. Y siempre me he parado a pensar en el último: «Y así, ambos su destino cumplirán». Seguimos mirándonos. Lo he estado meditando muchas veces, y en todas las ocasiones en las que me he quedado observando a Anrai, he visto algo nuevo en él que me resulta cautivador.

El brillo de sus ojos, la comisura de sus labios cuando sonrío, el movimiento de su cabello rubio... No me había dado cuenta hasta ahora de que algo más, aparte de la magia, estaba surgiendo en mi interior. Había empezado a sentir algo por él. ¿Será Anrai el joven que va a combatir conmigo contra Darkos? ¿Por eso le ordenaron a Olsen que lo trajera aquí?

—¿Tenemos noticias de los guardianes? —pregunta Gilrian, interrumpiendo mis pensamientos.

—No tengo conexión con ninguno de ellos desde hace una semana —responde Stalzar.

—¿Y del pelotón que mandamos al muro hace dos días? —pregunta Irish, una mujer mayor con gafas y pelo blanco recogido, a un hombre con uniforme sentado junto a Trandor. Me imagino que será el Coronel que está al mando.

—Sin noticias —responde, de forma firme y contundente. Tiene el semblante de un militar: pelo corto casi rapado, facciones rectas y mentón cuadrado.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que vuelvan a atacar? —pregunta Inara. Es una mujer joven, bastante atractiva, con el pelo rizado y características faciales sensuales.

—Por lo sucedido esta mañana, diría que días —responde Stalzar.

Todos vuelven a murmurar. Uno de los del Consejo aún no ha hablado. Me acabo de dar cuenta de que no para de mirarme. Creo que ha estado así desde el principio. Parece como si me estuviera estudiando, o intentara escudriñar mi mente. Su cara me es familiar, pero no recuerdo de qué me suena. Tiene una marca junto a una ceja. La he visto recientemente. ¡Kagnoth! ¡El Gran Mago! Es casi clavado a él. ¿Será un descendiente suyo? De pronto, aparta la mirada y se levanta. Espera unos segundos. Todos fijan su mirada en él y se callan.

—Durante los dos próximos días, Stalzar entrenará a la joven. Mandaremos otro pelotón al muro de inmediato —Hodor le habla a todo el mundo—. Los guerreros ocuparán sus puestos formando una barrera a dos kilómetros de aquí, de un extremo a otro. Reforzaremos la vigilancia en la ciudad. Y al alba del tercer día, dos pelotones partirán hacia el muro junto con Stalzar, la joven y el arquero —esto último lo dice mirando a Anrai. Ahora mira a sus compañeros del Consejo y estos asienten—. Aquí concluimos la sesión.

Todos se empiezan a levantar y van saliendo del salón. Stalzar sigue de pie, mientras yo permanezco sentada. Siento que ni mi mente ni mi cuerpo me responden. Me he quedado totalmente paralizada. Esto es demasiado para mí. Toda esta gente parece depender de mí, de mi don. ¿Acaso voy a poder conseguirlo? ¿De verdad tengo la fuerza necesaria para derrotar a Darkos? Acabo de cumplir los 18 años. Esperaba empezar a tener que asumir ciertas responsabilidades, pero esto es demasiado.

Capítulo 9: El entrenamiento

Después de la reunión, Stalzar y yo nos quedamos a solas en el gran salón. He estado revisando el libro, un gran ejemplar con las tapas desgastadas y hojas amarillas. Parece muy antiguo. Se nota que Stalzar ha pasado esas páginas miles de veces. La mitad de ellas están escritas en distintos idiomas que no conozco. En el libro hay muchos datos sobre Goldhaven. Mientras tanto, Stalzar ojea varios volúmenes de la gran estantería que ocupa toda la pared del salón. Está repleta de libros. Tendrá unos veinte metros de largo y diez de ancho. Y su alto techo termina en una cúpula de vidrio.

Han pasado casi dos horas y ya estoy terminando el libro. En la penúltima hoja, he encontrado la profecía. Ahí está, palabra por palabra. Y mi nombre aparece ahí, con todas las letras en mayúscula. Según Stalzar, esa es la única hoja que jamás ha cambiado desde que encontró el libro. Al pasar a la siguiente hoja, me quedo estupefacta. Es un dibujo de un rostro con todo detalle. Y soy yo. Es mi cara. El detalle es increíble. Las cejas, los ojos, el pelo cobrizo, la peca sobre el labio, e incluso la forma de la barbilla. Es como mirarme en un espejo. Algo que no me ha contado Stalzar.

He subido la mirada hasta donde está él. Nota que le miro y giro la cabeza. Sus ojos reflejan un poco de culpa, ya que, al parecer, ese detalle me lo ha ocultado. Vuelvo a mirar el dibujo y me fijo en una esquina. Hay otro dibujo en la parte de atrás de la página. La paso y veo la figura de un arquero. Esa ilustración también tiene el más mínimo detalle. Me fijo en el arco. Tengo la sensación de conocer a la persona de esta imagen. Miro más de cerca su cara. ¡Es Anrai! Su cabello rubio, la forma de su rostro, la ropa, el arco... todo es igual a él, al más mínimo detalle.

—Deberías irte a dormir —me dice Stalzar, que se ha acercado a mí, silenciosamente—. Mañana debemos comenzar con tu entrenamiento y has de estar descansada —hago lo que me dice y voy a mi dormitorio.

Stalzar me ha comentado que nos encontramos en el castillo del Consejo. Es enorme. Tiene tres torres y doce pisos de altura. El pasillo que he recorrido ya un par de veces es muy largo, parecía interminable. Es un gran edificio. He estado el resto del día entrenando. Estoy en un gran patio y cada vez hay menos luz. Se está poniendo el sol. He practicado con el aire y con el fuego.

Stalzar me ha dado unos brebajes para potenciar y soportar el poder de la magia que hay en mi interior. Aún no me he desmayado, así que parece que funcionan. Cada vez me resulta más fácil controlarla. He utilizado el viento a mi antojo, según las órdenes de Stalzar. El fuego me ha costado más controlarlo. Es un elemento inestable, se puede extender fácilmente. Ahora practico con el agua. Estoy cansada, muy cansada. De ahí a que ya me haya empapado varias veces. Stalzar se está desesperando.

—¿Podemos seguir mañana? —le pido con tono agotado. Estornudo.

—No. Continúa —responde de manera firme. Me da otra botella de brebaje, la cual bebo casi del tirón.

Noto como me fortalezco. Utilizo el viento para secarme. Es verdaderamente útil ese poder.

Vuelvo con el agua de la fuente, siguiendo las instrucciones que va dando Stalzar. Al parecer, Anrai está practicando con los soldados. Ya sabe disparar flechas, pero no tiene experiencia con espadas. Así que ambos tenemos sesiones de entrenamiento intensivos. No nos hemos visto en todo el día. He pensado en él ocasionalmente. Le he preguntado a Stalzar sobre la última frase y los dibujos. Solo me ha dicho que él no debe influir en los sentimientos de nadie, pero que esa parte es fundamental para derrotar a Darkos. «Al Brujo de las Tinieblas derrotará y así el destino de ambos cumplirán». No dejo de pensar en esa frase. Amor verdadero. ¿De verdad mi destino está escrito? Anrai también aparece en el libro. ¿Realmente es él mi verdadero amor? Sé que siento algo intenso y especial por él. Y creo que él también siente lo mismo por mí. ¿Pero es amor verdadero? No sé qué pensar sobre ello. Mi cabeza está repleta de toda la información que he recibido durante estos días. Y esto del amor verdadero y de Anrai ya es demasiado.

—Muy bien. Continuaremos mañana en las afueras de la ciudad para practicar con la tierra. Y haremos un ejercicio real e intensivo para que puedas usar todos los elementos a la vez —dice Stalzar, tras haber realizado el ejercicio con el agua correctamente.

—Vale. Gracias —digo. Estoy demasiado cansada como para soltar alguna broma, sarcasmo o queja.

Me dirijo a mi habitación. Esta vez utilizo el elevador. Está todo acristalado y, al llegar a cierta altura, puedo vislumbrar la ciudad con una bella iluminación. Es increíble. He visto muchas ciudades relucir de noche, pero ésta tiene un brillo especial. La magia hace que todo deslumbre mucho más y tenga unos colores muy llamativos. Cuando se detiene, salgo del elevador y me dirijo hacia mi habitación. En la puerta me espera Anrai. Tiene el pelo húmedo y lleva otra ropa. Se da cuenta de mi presencia y me mira. Mi corazón empieza a acelerarse. Cada vez es más fuerte esta sensación que tengo hacia él.

—Hola —le saludo cuando llego ante él. No responde, solo sigue mirándome. Sus ojos tienen un brillo especial que no había visto antes—. ¿Qué tal tu entrenamiento? —pregunto para salir de esta incómoda situación.

—Duro. ¿Y el tuyo? —responde igual de conciso que siempre.

—Agotador —respondo resoplando.

—¿Te apetece hablar? —vaya. Sabía que íbamos a tener una charla tarde o temprano.

—Claro. ¿Entramos en mi dormitorio? —lo he dicho sin pensar. La idea de estar con un chico a solas en una habitación... Intento despejar mi mente de esas tonterías.

—Vale —pasamos. Él se dirige al balcón, abre el ventanal y sale. Yo le sigo.

—Es aún más preciosa de noche —le digo, mientras ambos miramos la ciudad. Estamos un momento en silencio.

—¿Sabías lo de la profecía? —pregunta sin rodeos. Sigue mirando a la ciudad. Hago lo mismo. Se me escapa un suspiro.

—Sí. Me lo dijo la noche que vino a la posada.

—¿Hay algo más que me estés ocultando? —su tono parece neutral. Le tengo que contar lo de

las imágenes.

—Vi el libro donde está la profecía. También había otra hoja con un dibujo de un rostro exacto al mío. Y tras esa ilustración, había otro dibujo de un arquero... Eras tú —esto último me ha costado decirlo.

—Entiendo —él continúa observando la ciudad. Parece algo preocupado. Pero yo no puedo seguir así, de modo que entro a la habitación. Estoy empezando a ponerme nerviosa.

—¡Esto es demasiado para mí! —exploto—. Yo solo esperaba poder viajar algún día. Recorrer el planeta, visitar los lugares que he visto en mis libros, conocer nuevas culturas... Pero...

—Pero no esperabas viajar a otro mundo —me dice, mientras entra a la habitación—, poseer magia y tener que enfrentarte con alguien muy poderoso para derrotarlo —tanto su mirada como su tono denotan cariño.

—Y la profecía —añado. Estoy muy angustiada. Anrai se detiene frente a mí. Nos quedamos mirándonos—. ¿Qué piensas de todo esto? —le pregunto, esperando una respuesta alentadora.

—Como sabes, mi abuela tiene la capacidad de mostrar tanto el pasado como el futuro. Hay gente, muy poca, que aún posee algo de magia. Pero su poder es tan mínimo, que se pueden ocultar al Wizardteck. Mi abuela siempre me ha dicho que algún día conocería a una joven que vendría de un lugar muy lejano. Ella tendría un don muy especial y que mi destino era seguirla hacia donde fuera —no sé qué responder a eso. Él continúa hablando—. Nunca he dudado de su capacidad. Pero no quería pensar que mi destino estaba marcado de antemano. Hasta que te conocí. No soy muy expresivo, ya lo sabes, pero cada vez que te miraba, descubría algo diferente que me atraía cada vez más. Y sin darme cuenta, me enamoré de ti —mi corazón me da un vuelco. Mi respiración se está acelerando. Un cosquilleo recorre todo mi cuerpo—. Creo que tú sientes lo mismo por mí, pero no te has dado cuenta o no quieres aceptarlo —sigo sin saber qué decir. Tanto mi corazón como mi respiración van cada vez más rápido. Sigue mirándome fijamente. Parece esperar una respuesta.

—Yo... —me cuesta hablar—. No sé... Estoy tan confusa... —tengo los nervios a flor de piel. Quiero retroceder unos pasos, pero no me puedo mover—. Son tantas cosas de golpe. Este mundo, la magia, lo que puedo hacer, el tener que enfrentarme a alguien con tanto poder... tú... —veo un brillo en su mirada.

Anrai da dos pasos hacia mí. Estamos apenas a unos centímetros el uno del otro. Coge mi cara con su mano. Es cálida. Se acerca a mí. Cierro los ojos y noto sus labios pegados a los míos. Son suaves. Es un ligero beso. Una sensación agradable recorre mi cuerpo. Despega sus labios, abrimos los ojos, nos miramos unos breves segundos y volvemos a besarnos. Abrimos nuestras bocas ligeramente. Me agarra la espalda con el otro brazo. Yo alzo los míos hasta su cuello. El beso es cada vez más intenso. Nuestros cuerpos parecen querer fundirse. Empiezo a sentir una ligera brisa.

De repente, en mi mente aparece la figura de Darkos. Está en su trono. «Eres mía.» Su voz resuena en mi cabeza. Me sobresalto, separándome de golpe de Anrai. El viento se detiene y caemos al suelo.

—¿Estábamos flotando? —pregunta. Yo sigo asustada.

—Supongo. Tal vez mis sentimientos se han descontrolado —le digo, mientras me ayuda a levantarme.

—¿Por eso te has separado? —no puedo aguantar su mirada. La desvío y él me coge de la barbilla para girar mi cabeza, hasta que nuestros ojos están a la par—. Puedes contarme lo que sea —me dice con un tono tierno. Su mirada es suave.

—Acabo de verlo. A Darkos. En mi mente —estoy temblando, aunque no sé si por el beso, por el frío aire que viene de la ventana, o por el miedo que me ha dado Darkos al aparecer en mi mente.

—Me imagino que no es la primera vez que lo ves.

—No. Anoche soñé con él. También me habló cuando me encontré con el Humdark. Esa fue la primera vez.

—¿Y qué te dice? —parece preocupado. Nos sentamos en el borde de la cama. Suspiro y me da un escalofrío mientras empiezo a recordar los momentos en los que Darkos se ha metido en mi mente.

—La primera vez me sorprendió la voz en mi cabeza. Me dijo: «Te estoy esperando». «Ven conmigo». «Libérame». La voz no parecía provenir del Humdark, ya que su boca estaba como cosida, así que pregunté en voz alta quién era. Volví a escuchar su voz en mi cabeza: «Soy Darkos, el Gran Brujo de las Tinieblas», me respondió —siento otro escalofrío. Anrai se levanta, va hacia el armario, lo abre y saca una manta, que me coloca sobre los hombros.

—Gracias —le sonrío, aunque es un poco forzado. Me devuelve la sonrisa.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque ninguno de los tres me podía aclarar nada. Olsen es como un robot, Morward dejó claro que no sabía apenas nada sobre la magia y tú...

—Solo soy un joven cazador que vive en una cabaña cerca del bosque —me sonrío. Eso hace sentirme mejor.

—La siguiente fue en la batalla de la explanada. Cuando estaba quemando a sus criaturas con la lava, se volvió a meter en mi mente. Me advirtió que me detuviera. Lo ignoré y seguí quemándolas. Dio un grito atronador en mi cabeza. Y cuando las criaturas empezaron a retroceder, me dijo que había ganado esta batalla, pero que la guerra aún no había terminado. «Acabarás liberándome y te rendirás a mi voluntad», añadió —suspiro.

Me tomo un instante para recomponerme. Recordar todos esos momentos es un poco extenuante. Anrai sigue en silencio, mirándome. Estar junto a él me reconforta.

—Anoche tuve un sueño con él —continúo—, me encontraba en un sitio sombrío y aterrador. Entré en el edificio que tenía delante y lo vi sentado en su trono, como en el cuadro del pasillo. Abrió sus ojos. Estaban en llamas y me dijo: «Ven a mí, me perteneces, Ariadna». Quería echar a correr, pero no podía. Rompió sus cadenas, se abalanzó sobre mí y me desperté gritando. Parecía tan real —estoy a punto de romper a llorar. Anrai me abraza. Apoyo mi cabeza en su pecho—. Ahora acabo de verlo. Ha sido solo un segundo. Era solo su cara. Me ha dicho: «Eres mía».

Parecía muy enfadado. Es la primera vez que veo su cara de cerca. Es esquelética y tiene la piel quemada. Dentro de sus cuencas, los ojos en llamas producían tanto calor que lo he sentido.

Nos quedamos abrazados. Anrai huele a bosque, como siempre. Eso hace que me relaje. Cierro los ojos. Escucho los latidos de su corazón. Estoy cada vez más relajada y me duermo sin darme cuenta.

Capítulo 10: La partida

Escucho un sonido metálico a lo lejos. Abro los ojos lentamente. Empiezo a distinguir ese sonido, es un timbre. Veo el techo de mi habitación. Vuelvo a estar en mi casa. Me duelen partes de mi cuerpo que no sabía que podían llegar a doler. El timbre vuelve a sonar. Me levanto rápido, abro la ventana de mi balcón y me asomo. Mi tía Adela está en la puerta.

—¡Tía Adela! ¡Hola! —le grito. Ella mira hacia arriba.

—¡Hola! ¿Te he despertado?

—Bajo a abrirte —me quito la ropa lo más rápido que puedo, me pongo un chándal y bajo las escaleras. Abro la puerta—. Hola tía. Pasa —ella entra.

—Me he pasado por aquí para ver cómo estás o si necesitas algo. No saliste de casa en todo el día de ayer —se dirige a la cocina. La sigo.

—Bueno, como te dije en el mensaje que te dejé, tengo exámenes y estoy estudiando —le explico, mientras intento que no se note que estoy mintiendo.

—Nunca has necesitado estudiar tanto —me dice, mientras coge fruta de la nevera.

—Ya. Los exámenes de selectividad son duros y hay que estudiar mucho —intento sonar lo más convincente que puedo.

—Entonces, ¿hoy tampoco saldrás? —se termina de comer las uvas.

—No. Me voy a quedar estudiando —la cojo del brazo y la acompaño hasta la puerta—. No te preocupes tía. Soy mayorcita. Puedo cuidarme sola y estoy comiendo bien —abro la puerta—. Disfruta del domingo —ella sale a la calle.

—Vale. Pero llámame si necesitas cualquier cosa, ¿entendido? —me dice, antes de despedirse. Se va. Cierro la puerta y suspiro aliviada.

Aprovecho para comer algo de lo que me dejó mi madre en el congelador. Repaso en mi mente todo lo que ha pasado. Según mis cálculos, creo he estado allí seis días y hoy sería el séptimo. Aunque con tanto viaje de un mundo a otro, mi cabeza está hecha un lío. Hoy seguiremos entrenando y mañana partiremos a la Región Oscura.

Me preocupa la cuestión del tiempo. Tendré que estar varios días seguidos allí. ¿Cómo lo voy a hacer con mis padres? No sería normal que me quedase en cama durmiendo dos o tres días seguidos. Aunque lo verdaderamente preocupante es, ¿qué pasará si no vuelvo? Voy a emprender una misión muy peligrosa y no sé qué pasará. No quiero pensar en el peor de los resultados. Intento quitármelo de la cabeza para pensar en la situación actual. ¿Y si hay alguna manera de ralentizar el tiempo? Es decir, que aunque pasen varios días allí, aquí solo sean minutos. Se lo tengo que plantear a Stalzar.

Subo a mi habitación, me cambio de ropa y me meto en la cama. Cierro los ojos y pienso en la habitación de Hertheiven. Cada vez me relajo más. Una suave brisa empieza a acariciarme la cara.

Abro los ojos y me incorporo en la cama. Estoy tapada con una sábana y llevo la misma ropa de ayer. Supongo que Anrai me metería en la cama tras dormirme en su hombro. Me levanto, cojo del armario ropa similar a la que llevo y me voy al baño. Cuando salgo, me sorprende al ver a Stalzar en mi habitación. Está de pie frente a la puerta, con su semblante serio de siempre.

—Buenos días. ¿Estás lista? —me pregunta.

—Buenos días. Sí.

Se gira, abre la puerta y sale. Voy tras él. Bajamos las escaleras, caminamos por ese gran pasillo adornado con cuadros y llegamos a unas enormes puertas. Éstas se abren y empiezo a ver la calle. Entra una bocanada de aire y se escucha el ruido de la ciudad. Salimos y caminamos por las calles. Los adoquines del suelo son de varios colores, con tonos brillantes. Hay edificios de muchos tamaños. Casi todos son blancos y dorados.

Gente va de un lado a otro por la calle, como en cualquier otro lugar. Ahora me estoy dando cuenta de que la mayoría se me queda mirando y hablan entre ellos cuando paso por su lado. Supongo que mi espectáculo en las afueras durante la batalla contra las criaturas oscuras hizo correr la voz. Escucho mucho las palabras: «es ella», «tiene magia», «profecía...».

Llevamos como veinte minutos caminando y ya puedo ver la explanada a lo lejos. Al llegar a ella, seguimos andando, alejándonos cada vez más de la ciudad. Nos vamos acercando a la zona este. Stalzar se detiene, pero yo continuo hasta estar en la zona negra. Huele a quemado y a un aroma entre ácido y agrio. Llega a ser nauseabundo.

—Empecemos —dice Stalzar. Me giro y me acerco a él—. Ahora entrenaremos con la tierra. Y después, la prueba final —ya ni me molesto en preguntarle. Apenas responde a las cuestiones que le hago durante el entrenamiento.

Me da un brebaje, el cual bebo, y empiezo a concentrarme. Tras más de tres horas haciendo torbellinos de tierra, levantando y dando otras formas a las rocas, y abriendo y cerrando grietas, Stalzar me da otra botella. Se aleja de mí. Ha puesto bastante distancia entre nosotros. Coge su bastón con las dos manos. Este se ilumina con varios colores. Parece que esté recitando algo. Alza el bastón y lo baja dando un golpe en el suelo.

Al principio no pasa nada, pero empiezan a aparecer de la nada muchas criaturas oscuras. No sé cuántas son. ¿treinta? ¿cuarenta? Me están rodeando. Supongo que esta será la prueba. Enfrentarme yo sola a ellas. Están quietas y con los ojos cerrados.

De golpe, los abren y empiezan a avanzar hacia mí, gruñendo. Alzo mis brazos hasta media altura y el viento empieza a circular a mi alrededor, sin apenas tener que esforzarme. Encojo mis brazos en mi pecho, haciendo que un remolino me envuelva. A las criaturas les cuesta avanzar. Tengo mis puños muy cerrados. El remolino va cogiendo fuerza y, cuando veo que las criaturas están muy cerca, extendiendo de golpe los brazos con las palmas de las manos hacia afuera. Expulso el aire con tanta fuerza que lanza a las criaturas hacia atrás varios metros. Caen al suelo.

Empiezan a levantarse. Vuelvo a alzar los brazos y otro remolino de viento me envuelve. Los voy subiéndolos poco a poco, haciendo que me eleve. Los muevo hacia adelante y me dirijo flotando en el aire hacia el bosque. Y bajo los brazos poco a poco, reposando mis pies en el suelo. Estoy en una zona con rocas. Las criaturas empiezan a avanzar hacia mí. Alzo los brazos, haciendo

elevant algunas rocas y las lanzo moviendo mis brazos hacia delante. Chocan contra varias criaturas, matándolas al instante.

El resto sigue avanzando. Elevo más rocas, las divido en varios trozos y las transformo para que sean afiladas. Las lanzo y alcanzan a la mayoría de criaturas. Éstas caen muertas. Otras han sido derribadas, pero aún oigo sus rugidos.

Estoy empezando a cansarme. Me apoyo en el árbol más cercano. Las criaturas que aún siguen vivas se están levantando. Serán unas diez y empiezan a avanzar hacia mí. Tengo que actuar. De repente, siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Estoy teniendo la misma sensación que tuve cuando toqué un árbol por primera vez camino a Alyara, y un torbellino de viento me envolvió, elevándome. Algo se ha metido dentro de mí. Percibo muchas sensaciones. Creo que estoy percibiendo el poder del bosque.

Las criaturas casi están a mi altura. Sin darme cuenta, unas ramas salen disparadas hacia ellas. Unas apuñalan a las criaturas y otras las ahogan, envolviendo sus cuellos. Todas caen muertas y yo separo mi mano del tronco del árbol, exhausta. Veo que los cuerpos van desapareciendo y Stalzar camina hacia mí.

—Estás preparada. Es hora de salir —me da otro brebaje. Se gira y empieza a caminar hacia la ciudad. Me bebo casi de un trago el líquido de la botellita. Le sigo con algo de dificultad.

—Pero el Consejero dijo que saldríamos mañana, al amanecer...

—Ese era el plan. Pero es mejor salir cuanto antes.

No le pregunto nada más. Esa contestación contundente indica que no me responderá a ninguna otra que le haga. Cuando vamos llegando al castillo, empiezo a ver su esplendor. Me detengo. Estoy anonadada e hipnotizada por su magnificencia y fulgor. Es más grande de lo que imaginaba, con vibrantes y resplandecientes tonos dorados y blancos. Hay varias torres acristaladas.

—Es increíble, ¿verdad? —me dice alguien. Sorprendida, me giro a la izquierda y veo a Anrai. Lleva su arco, su carcaj y un cinturón con una espada envainada. Está todo sudado.

—Sí. La verdad es que no tengo palabras —le contesto, mientras vuelvo a contemplar el castillo.

—Me imagino que si vamos a salir en seguida es porque ya estás preparada —vuelvo a girarme nuevamente hacia él. Me está observando, con esa mirada que hace perderme en la profundidad de sus ojos.

—Eso creo —digo, suspirando.

—Entremos. Hay que prepararse.

Vamos hacia el castillo. Subimos en el elevador. Me apoyo en unos de los cristales y me quedo mirando la ciudad. Anrai se aproxima a mí, me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Me da ese cosquilleo que me recorre el cuerpo cuando se acerca a mí. Sigo contemplando la ciudad.

El elevador se detiene y salimos, aún con las manos entrelazadas. Me acompaña hasta mi habitación. Nos paramos en la puerta y se pone frente a mí. Se acerca. Mi corazón empieza a

palpitar cada vez más rápido. Y me besa. En mi cuerpo aumenta el cosquilleo. Nuestro beso se torna cada vez más intenso. Sus manos recorren mis brazos, acariciándolos. Y llegan hasta mi espalda. Aprieta su cuerpo contra el mío. Yo agarro sus brazos firmes y llevo una de mis manos hasta su pelo. Cada vez hay más tensión entre nosotros. Soltamos unos gemidos. Eso hace que ralenticemos el beso. Nos despegamos unos centímetros. Nuestras miradas lucen excitadas y un poco avergonzadas. Anrai carraspea y retrocede un paso, bajando un poco la mirada. Yo también desvío la mía, mientras suspiro.

—Bueno —dice él, cortando la tensión existente—. Me voy a preparar para el viaje. Deberías entrar.

—Sí. Hasta luego —aun sigo parada, mirándole. Él me devuelve la mirada, junto con una pequeña sonrisa. Abro la puerta.

—Hasta luego —empieza a caminar en dirección a su habitación. Mientras, yo cierro la puerta de la mía y apoyo mi espalda en ella. Doy un largo suspiro y me quedo un rato apoyada, esperando a que se me pase la sensación de flaqueza de las piernas.

Ya estamos de camino a la Región Oscura. Se encuentra a dos días de camino, o menos, si hacemos pocas paradas. En aquella zona la magia es más inestable y los aparatos que funcionan con ella son poco fiables. Así que esta vez no podemos ir en carrotor. La caravana está compuesta por dos carretas tiradas por dos caballos cada una. En la segunda, conducida por Olsen, vamos Stalzar, Anrai y yo. Y en la primera, varios oficiales. Cuatro caballos montados por suboficiales encabezan la caravana. Y detrás de los carromatos, dos pelotones a caballo y a pie cierran la marcha. Habrá más de cien soldados.

Estoy con los ojos cerrados intentando dormirme y descansar para estar preparada. Tengo la cabeza apoyada en el hombro de Anrai. Su aroma a bosque me envuelve y me relaja.

Capítulo 11: Obstáculos en el camino

Tras medio día de viaje, a punto de anochecer, paramos cerca de un pequeño bosque para descansar unas horas. Han hecho varios fuegos y están asando los animales que han cazado para cenar. Antes de salir de Hertheiven, consulté a Stalzar sobre la manera de ralentizar el tiempo que transcurre en mi mundo mientras estoy aquí. Al parecer, hay una forma de hacer que cada día que permanezca aquí, solo pasen unos minutos en el otro mundo.

Tras cenar, Stalzar y yo nos separamos del grupo para adentrarnos en la zona espesa del bosque. Olsen y Anrai nos acompañan para vigilar mientras hacemos el conjuro, hechizo o lo que sea que vayamos a hacer para ralentizar el tiempo en mi mundo. Stalzar no me explicó mucho sobre el tema, solo que había una forma de conseguirlo y que lo tendríamos que hacer en medio de un bosque. Olsen y Anrai están a espaldas nuestras, mirando en dirección opuesta a donde estamos nosotros. Stalzar y yo permanecemos parados uno frente al otro, a unos tres o cuatro pasos de distancia.

—Cierra los ojos —me dice. Lo hago—. Haz respiraciones profundas y pausadas. Relaja tu cuerpo y mantén la mente despejada —voy siguiendo sus instrucciones—. Conéctate con la magia que te rodea.

Siento la naturaleza a mi alrededor. Noto que su poder entra en mi cuerpo y va recorriendo cada fibra de mi ser. Sigo con los ojos cerrados y los sonidos del exterior van disminuyendo. Empieza a aparecer en mi mente una figura. Ya la vi la primera vez que tuve contacto con la naturaleza de este mundo. Es muy brillante y empieza a verse cada vez más clara. Es la figura de una mujer, con el pelo muy largo y una elegante silueta. No puedo distinguir rasgos más detallados.

—Ariadna —me está hablando—. Llevo mucho tiempo esperándote —dice con una voz melodiosa.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Soy Fysis, el corazón de este mundo. Te estaba esperando. Eres la única que nos puede ayudar —contesta.

—Derrotando a Darkos —continúo yo. Ella se acerca un poco a mí. Sus rasgos siguen sin ser distinguibles.

—No es lo único que debes hacer. La magia se está extinguiendo. Apenas hay personas que la tengan en su interior. Y las que poseen algo, no tienen el poder suficiente para evitar que la magia muera —se acerca más a mí.

Está a solo un paso y, aun así, no puedo distinguir sus facciones. Alza sus brazos, colocando el derecho en mi corazón y el otro en mi hombro derecho. Se inclina y posa su frente en la mía. Empiezo a ver imágenes. Están entremezcladas y son confusas. Paisajes, guerra, magia, sangre, agua, tierra, fuego, aire y Darkos. Algo entra en mi interior de golpe. Diversos sentimientos se golpean en mi corazón: Odio, amor, miedo, tranquilidad, dolor, alegría, preocupación, libertad...

No puedo aguantar más. Oigo mi nombre a lo lejos. Anrai me está llamando. Giro la cabeza y lo

veo a lo lejos. Tiene su brazo extendido hacia mí. Alargo el mío hacia él. Nuestros dedos se están tocando. Ambos hacemos un esfuerzo más y conseguimos agarrarnos el uno al otro. Tira hacia él hasta que ambos caemos, yo encima de él. Nos quedamos mirando. Parece preocupado. Nuestra respiración, aunque entrecortada por el esfuerzo, se acopla al mismo ritmo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. Gracias —nos vamos levantando poco a poco—. ¿Qué ha pasado?

—Fysis ha estado contigo —me contesta Stalzar. Me giro hacia él—. ¿La sientes? —me paro un momento a pensar en lo que ha pasado. Tiene razón. Ella se ha metido en mi interior.

—Sí —estoy muy confusa.

—Ahora tienes más poder.

Tras volver hasta donde están los demás, retomamos el camino. Ya es de noche. Al parecer, por esta zona es mejor estar en constante movimiento. Hay animales salvajes que pueden atacar en cualquier momento. Estoy muy cansada. Ese encuentro con Fysis me ha dejado agotada. Voy recostada en el carromato. Anrai me ha explicado lo que pasó en el bosque.

Durante mi trance, el viento empezó a arremolinarse alrededor mío. Cuando el torbellino empezó a cobrar fuerza, Anrai se acercó para sacarme de allí, sin éxito. Me estuvo llamando varias veces durante al menos unos cinco minutos, hasta que abrí los ojos y le cogí el brazo. El bamboleo del carromato me mece, haciendo que me duerma sin darme cuenta.

—¡Despierta! —me grita Anrai. Abro los ojos de golpe y lo veo bajarse del carromato. Se gira hacia mí—. ¡Ven! ¡Y quédate junto a mí!

Bajo. Ya es de día. Se escucha el ruido de una batalla. Veo como los soldados están combatiendo contra las criaturas oscuras. El ruido de las espadas chocando, rugidos, gritos, cada vez es más atronador. Anrai empieza a disparar sus flechas. Stalzar está de pie sujetando su bastón, del que salen las mismas luces que vi en la batalla junto a Hertheiven.

Hay muchas criaturas. Son iguales que las de la primera batalla. A lo lejos veo un gran muro. Es muy alto y tan alargado que no se ve el final. De la parte superior sale una luz brillante, como una fina barrera que se curva. Esa será la cúpula de la que me habló Stalzar. Una delgada capa invisible a los demás que recubre toda la Región Oscura para mantener a las criaturas atrapadas en una bóveda hecha con magia. Puedo distinguir una grieta en la cúpula. Seguramente habrán salido por ahí.

Me pongo de rodillas y coloco las palmas de mis manos en el suelo. Miro a lo lejos y empiezo a conectar con la tierra. La noto en mi interior. Ahora parece más fácil que antes. El suelo comienza a temblar un poco, y unos metros más adelante de donde combaten los soldados, abro poco a poco una grieta horizontalmente. Las criaturas comienzan a caer por ella.

Siguen viniendo más. Dejo la grieta abierta y me levanto. Alzo los brazos, el viento empieza a envolverme y me elevo. Muevo los brazos hacia delante y me dirijo flotando hasta la grieta. Me paro antes de llegar a ella y voy encogiendo los brazos, haciendo que el torbellino que me envuelve empiece a coger fuerza. Tengo mis brazos pegados al cuerpo y los puños cerrados. Los extiendo de golpe hacia delante, mandando todo el viento a las criaturas, que las golpea y las

lanza varios metros hacia atrás. Sigo elevada. Giro la cabeza hacia atrás.

—¡Fuego! —grito, mirando a Anrai.

Él coge una flecha incendiaria y la lanza en mi dirección. Cae al otro lado de la grieta. Extiendo los brazos hacia la llama y la acrecento. Cada vez es más grande. Las criaturas que siguen en pie se están acercando. Empiezo a separar mis brazos de forma horizontal, dispersando el fuego a lo largo de la grieta. Cuando las bestias están a un metro, flexiono mis brazos hasta pegarlos al pecho. Y los vuelvo a estirar hacia delante con las palmas abiertas, lo que hace que el fuego salga disparado hacia ellas. Están ardiendo. Sus chillidos hacen que se me erice la piel. Sigo extendiendo el fuego hasta que arrasa a todas las criaturas.

Empiezo a bajar. La bola de viento que me envolvía, desaparece. Los gritos agudos de las criaturas van cesando. Miro hacia atrás. Los soldados han matado a todas las que había a este lado de la grieta. Me arrodillo, coloco mis manos en el suelo y la tierra empieza a temblar mientras cierro la grieta. Al terminar, veo a Anrai a mi lado con una mano extendida hacia mí. La cojo y me ayuda a levantarme.

—Te dije que te quedaras a mi lado —su expresión es dura. Está enfadado.

—No puedo quedarme resguardada junto a ti. Tengo que luchar. Por eso estoy aquí —sigue agarrándome la mano.

—Lo sé. Pero tienes que hacerlo a mi lado. Recuerda la profecía —me replica. No hemos sacado ese tema desde la reunión en Hertheiven. El corazón me da un vuelco—. ¿Recuerdas la última frase?

—Claro —tiene su mirada clava en mí, como si esperase que la recite. Así que lo hago—, «y protegida por las flechas del arquero, al Brujo de las Tinieblas derrotará, y así, ambos su destino cumplirán».

—La próxima vez, si tienes que moverte me lo dices —me agarra la cara con la mano libre, se acerca a mí hasta que nuestros cuerpos se juntan y me besa. Es un suave, dulce y tierno beso. Pero lo suficientemente intenso como para quedarme sin aliento. Alguien carraspea. Nos separamos.

—Debemos continuar enseguida —nos dice Stalzar.

Subimos al carronato y continuamos. Solo tenemos que avanzar un par de kilómetros más. Hemos llegado antes de lo previsto. Tras media hora, nos detenemos. Los oficiales van dando órdenes a los suboficiales y estos se las dan a los soldados, que empiezan a moverse en ambas direcciones.

Aquí deberían estar los soldados que enviaron hace dos días. Pero solo hay manchas de sangre. Es de suponer que las criaturas se los llevaron tras el muro tras matarlos. No quiero imaginarme con qué fin. Acabo de darme cuenta de que hay una pequeña casa cerca de nosotros. Es del mismo color que el muro, con una mezcla de azules.

—Vamos adentro —nos dice Stalzar a Anrai y a mí.

—¿Es aquí donde viven los Guardianes? —le pregunto.

—Uno de ellos. Cada Guardián tiene una cabaña vigía —responde, mientras vamos entrando.

Es una sala pequeña. Se ve una cocina abierta, un sillón y una puerta cerrada. Anrai se dirige hacia ella. La abre y doy un pequeño grito. Hay una persona de pie. Es un hombre totalmente cubierto de hielo. Parece una estatua. Tiene una expresión aterrada, con los brazos en alto. Le miro a los ojos y tengo la sensación de que me devuelve la mirada. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

Esa imagen me ha impactado tanto que no puedo emitir ningún sonido. Salgo de allí lo más rápido que puedo, esquivando a los demás. Estoy tan consternada que ni siquiera me fijo en ellos. Avanzo en dirección al muro. Me cuesta respirar y caigo al suelo de rodillas. Alzo la vista para mirar al cielo.

Mi respiración es forzada y lo que estoy empezando a sentir al observar el muro no me relaja. Noto que Darkos me está vigilando. Creo que lo hace desde que llegué a este mundo. Recuerdo su imagen del sueño. Como sus ojos ardientes se clavaban en los míos. Ahora tengo la misma sensación. Me acecha desde su prisión.

Capítulo 12: La Región Oscura

No sé cuánto tiempo ha pasado. Sigo de rodillas mirando el muro. Ya me he relajado, pero aún tengo esa sensación extraña que me ha provocado el ver a ese hombre congelado. Creo que Darkos me vigila. Anrai me observa desde lejos y noto su preocupación a distancia. Tan cerca del muro, mis sentidos se han agudizado. Noto la ansiedad de los soldados, la inquietud de los oficiales y la magia del bastón de Stalzar.

Al mirar por encima del muro, veo el gran cambio del cielo. A este lado es un azul claro brillante, pero detrás, es oscuro, como una noche sin estrellas. Cierro los ojos e intento sentir lo que pasa dentro. Me vienen oleadas de sentimientos oscuros: odio, terror, dolor, ira, venganza, violencia. Algo me bloquea. Puedo distinguir esas emociones, pero no consigo ver ninguna imagen. Así que me tendré que guiar por lo que siento si quiero encontrarlo.

Continúo mi viaje mental por la Región Oscura, buscando la guarida de Darkos. Noto la presencia de muchas criaturas. Puede haber miles, incluso muchas más. Empiezo a percibir el poder de Darkos. Cada vez es más fuerte. Me estoy acercando a él. Su imagen viene a mi mente de golpe. Me asusto, pero intento mantenerme firme. Sigue en su trono. Las cadenas parecen desquebrajadas.

«Ariadna», me llama. Siento el calor que desprenden las llamas de sus ojos. Le ignoro. Empiezo a concentrarme en mi magia. Alzo los brazos frente a mí poco a poco, con las palmas abiertas. «Ariadna», me vuelve a llamar. Tengo las manos situadas a media altura e intento visualizar un pequeño hilo invisible. «¿¡Qué haces!?!», me grita. Comienzo a visualizarlo. Es cada vez más claro. Noto la furia de Darkos. Cuando el hilo es bien perceptible, pinzo los dedos para cogerla. Las yemas se están tocando y empiezo a separar los brazos para estirar la barra a lo ancho.

«¿¡Cómo lo estás haciendo!? ¡Es imposible!» Su furia va aumentando cada vez más. Yo continúo alargando la barra, mientras se forma un panel transparente. Me está costando, pero lo voy consiguiendo. «¡No! ¡No!», me grita Darkos. Estoy acabando, o eso creo. «¡Serás mía!», me dice. Cuando mis brazos están casi extendidos, se genera una explosión. Es tan fuerte que me hace volver a mi cuerpo, cayendo hacia atrás. Un grito espeluznante se escucha a lo lejos, tras el muro.

—¡Ariadna! —grita Anrai, mientras viene corriendo hacia mí—. ¿Qué ha pasado?

—Me estaba vigilando, desde el principio —empiezo a decir. Estoy un poco acelerada por lo que acabo de hacer—. Me sigue desde que llegué a este mundo. Tenía que poner una barrera entre nosotros —ayuda a levantarme. Le miro a los ojos. Veo preocupación en ellos. —Pero ya no me puede observar —continúo con una voz más tranquila—. Deja de preocuparte, por favor —le ruego.

—Pídeme lo que quieras, menos eso. Siempre estaré preocupado por ti —entiendo lo que dice. Es normal que lo esté. Le abrazo. Él me lo devuelve, apretando sus brazos en mi espalda más fuerte de lo normal. Noto su inquietud. Intento tranquilizarme con el ritmo de los latidos de su corazón.

—Ariadna —Stalzar se ha acercado a nosotros. Nos despegamos, un poco incómodos—. Será imposible llegar hasta él con todas esas criaturas en medio —parece que él también las siente.

—¿Y cómo lo podemos hacer? —le pregunto.

—Hay una grieta en el muro —la señala. Tiene razón. Las más pequeñas pueden haberse colado por ahí—. Tendremos que abrirla para que salgan las criaturas. Y mientras los soldados las combaten, podremos colarnos por la grieta de arriba —ese plan no me gusta mucho.

—Hay muchísimos seres. Los soldados no podrán con todas —replico preocupada.

—Ellos están preparados para la lucha. Pueden combatirlos durante unas horas. Tiempo suficiente para llegar hasta Darkos y destruirlo.

—¿Está muy lejos? —pregunta Anrai.

—Bastante —respondo suspirando. Me quedo mirando el muro mientras pienso en la manera de transportarnos. Aunque no sea una buena idea, se me ha ocurrido una forma de llegar hasta allí. Creo que es la única opción que tenemos—, pero iremos flotando —Anrai me mira y asiente. Ni siquiera lo piensa. Parece que confía en mí plenamente, igual que yo en él.

Tras contarles nuestra idea a los oficiales y suboficiales, Stalzar, Anrai y yo nos dirigimos hacia el muro. Llegamos hasta la grieta. Según el plan, la abriré formando un hueco del tamaño de una puerta normal, lo suficiente para que las criaturas vayan saliendo y que los soldados puedan matarlos, sin que ninguna se pueda escabullir. Y nos alejaremos de allí rápidamente, para que no nos ataque ninguna.

Al tocar el muro siento todo su poder. Está totalmente hecho de magia pura. Pongo toda mi atención en la grieta y el muro empieza a crujir. Voy agrandándola, haciendo la forma de una puerta. Y al terminar, separo un poco la mano. La vuelvo a poner dando un ligero golpe, lo que hace que todo se agriete.

—¡Vámonos! —les grito. Corremos paralelamente al muro. Stalzar se mueve con bastante agilidad para ser tan mayor. Me sorprende. La verdad es que no sé su edad. Tiene el libro desde hace cincuenta años, así que debe de tener al menos unos setenta. Aunque su apariencia parece la de una persona más joven.

Oímos una pequeña explosión. La franja de pared se ha abierto. Seguimos corriendo, pero no se escucha nada. A los pocos segundos se empiezan a oír rugidos. Las criaturas ya están saliendo y los soldados las van matando. Cuando estamos lo suficientemente lejos, nos detenemos. Me coloco mirando al muro, y Stalzar y Anrai se ponen detrás de mí. Empiezo a alzar los brazos y un torbellino de viento nos envuelve. Nos vamos elevando mientras sigo subiendo los brazos.

En el borde del muro, a la altura de la grieta de la cúpula, los muevo hacia delante y la bola de viento comienza a avanzar. Miramos abajo. Como presentí, hay miles y miles de criaturas. Vuelvo a fijar mi vista hacia delante. Tengo que concentrarme. Vienen hacia nosotros varios Murdrags, esas criaturas de gran tamaño con forma de dragón y alas de murciélago.

Yo continúo sin detenerme. Stalzar apunta su bastón a una de ellas y un rayo morado sale de él. Le da de lleno. De la criatura sale otro rayo morado que le da a otra, y así hasta que todos los Murdrags están conectados. A los pocos segundos, caen en picada. Seguimos la marcha.

Ya visualizo la guarida de Darkos. Ese gran edificio oscuro, con formas retorcidas y escalofriantes, es igual que como lo vi en mi pesadilla. No hay criaturas alrededor, pero tenemos que estar alerta, así que nos bajó con cuidado. El aire está enrarecido y hay un olor nauseabundo, como ácido mezclado con otras sustancias nocivas. Estamos ante esas enormes puertas decoradas con huesos.

En el sueño no me había dado cuenta de ese detalle, y ahora tampoco me quiero fijar demasiado en ellas. No quiero saber si son huesos de las criaturas o de humanos. Ese pensamiento hace que se me erice la piel. Avanzamos y las puertas empiezan a abrirse con un crujido. Al entrar, las antorchas de las paredes y las columnas se van encendiendo poco a poco a medida que vamos andando. A lo lejos, se empieza a vislumbrar el gran trono y a la figura sentada en él.

Nos detenemos a unos cinco metros. Es tan escalofriante estar en su presencia... Tiene los ojos cerrados. El brillo azul de las cadenas parpadea.

—Sus ataduras están a punto de romperse —dice Stalzar.

—¿Y ahora qué? —pregunta Anrai. Eso mismo estaba pensando yo.

—Tú y yo le guardamos las espaldas a Ariadna por si vienen criaturas a protegerlo —contesta Stalzar—, y tú debes destruirlo —dice mirándome.

—¿Y cómo lo hago? —giro la cabeza para preguntarle, asustada—. No creo que sea tan fácil de matar como a las criaturas.

—No, no lo es. Por eso Fisys te ha dado su poder. Con la magia que tienes en tu interior, conseguirás destruirlo —no estoy tan segura como él.

Ellos se posicionan y yo empiezo a caminar hacia el trono, con un paso no tan firme como me gustaría. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Si tiene tanto poder como me ha contado Stalzar, no sé cómo debo enfrentarme a él.

Capítulo 13: La Gran Batalla

Cuando estoy apenas a dos metros, Darkos abre los ojos. Me detengo. Estoy asustada. Tanto que empieza a costarme respirar. Ahora que estoy más cerca de él puedo verle mejor. Tiene una capa negra, tan larga que le tapa tanto los pies como las manos. Lleva una capucha sobre su cabeza. Sus ojos ardientes se clavan en los míos y noto en mi cuerpo el calor que desprenden.

«Has venido hasta mí», parece que solo se puede comunicar con la mente. «He venido a destruirte», replico por la misma vía, con el tono de voz más firme que puedo. Empieza a reír tan fuerte que resuena por toda mi cabeza. Eso hace que me den pinchazos de dolor en las sienes. Las cadenas se están resquebrajando aún más. No sé qué es lo que tengo que hacer. Cierro los ojos en busca de la ayuda de Fisys. Sigo escuchando la terrorífica risa de Darkos.

«Fisys», la llamo mentalmente. Aún oigo la escalofriante risa. «Fisys, ayúdame», pido en tono suplicante. «Ariadna», oigo a Darkos llamándome. «Fisys, por favor», vuelvo a llamarla, pero sigo sin obtener respuesta. Se escucha un crujido fuerte. Abro los ojos. Proviene de las cadenas que atan a Darkos. Están tornando en color rojo.

—Las sujeciones no van a aguantar mucho más —me dice Stalzar. Él y Anrai están detrás de mí, a un metro. El suelo empieza a temblar y se escuchan sonidos que provienen del exterior, alaridos y chillidos—, tienes que hacerlo ahora, antes de que se libere —giro la cabeza hacia Anrai.

—Estoy a tu lado. Puedes conseguirlo —me anima. Tiene una mirada firme y su voz suena confiada. Asiento con la cabeza y me giro hacia Darkos.

Él sigue intentando romper las cadenas. Vuelvo a cerrar los ojos y me concentro. Estoy un poco más tranquila. «Fisys, dame el poder que necesito para destruir el mal que habita en este lugar para siempre», pronuncio ese pensamiento en tono alto y firme, con más seguridad. Al fin aparece. Se acerca a mí y pega su frente a la mía. Siento una corriente proveniente de ella, que se introduce en mi mente. Se separa. «Ya sabes cuál es tu cometido», me dice, aunque ya no la veo.

Pienso un momento en lo que acaba de pasar y me doy cuenta de que ya sé lo que tengo que hacer. Abro los ojos. En ese momento, criaturas empiezan a aparecer por todos lados, pero esa no es mi misión. Debo enfocarme en Darkos. Me concentro para que surja la magia de mi interior, ya que aquí no hay ni una sola brizna de ella. Pongo las palmas de mis manos en mi pecho y empiezo a separar poco a poco la mano derecha.

De mi interior voy extrayendo un diminuto tornado de viento y lo dejo suspendido en el aire, frente a mí. Vuelvo a colocar la mano en mi pecho. Separo la izquierda y aparece una reducida bola de agua, que coloco junto al otro elemento. Vuelvo a repetir el acto dos veces más, extrayendo una pequeña llama de fuego, y un remolino de tierra de igual tamaño que el resto. Tengo los cuatro elementos colocados frente a mí.

Darkos sigue intentando desesperadamente y con mucha furia, romper las cadenas. Escucho detrás de mí la pelea de Stalzar y Anrai contra las criaturas, pero intento no girar la cabeza. Debo centrarme en lo que estoy haciendo. Esto requiere más esfuerzo del que he hecho anteriormente. Extiendo mis brazos para abarcar los cuatro cuerpos suspendidos y empiezo a juntar mis manos

poco a poco.

Los elementos empiezan a mezclarse. El agua se acopla al viento, lo que hace que se forme un torbellino con ambos componentes. Y el fuego se introduce en el remolino de tierra, formando un tornado. Voy juntando las manos poco a poco, cada vez con más dificultad, hasta que ambos torbellinos se entrelazan formando un único tornado de aire, agua, fuego y tierra. Se escucha un estruendo. Miro hacia el trono. Las cadenas se han roto y Darkos está de pie.

—Únete a mí —su voz suena tan grave como en mi mente.

—Jamás —contesto.

—Pues morirás. Pero antes verás como destruyo a todos los que están de tu lado.

Empieza a alzar un brazo. Pero me adelanto y lanzo mi torbellino contra él, extendiendo mi brazo derecho. Darkos lo para, pero sigo en tensión empujando hacia delante con fuerza el torbellino, mientras él lo está bloqueando. Empieza a alzar el otro brazo y vuelvo a ser más rápida que él. Levanto mi brazo izquierdo hacia un lado con la palma abierta, de la que sale una especie de niebla. Una barrera casi transparente surge para separarnos de Stalzar y Anrai.

Darkos lanza un rayo que choca contra mi barrera. Yo sigo formándola para convertirla en una cúpula que nos envuelva a ambos. Él se da cuenta de ello y me lanza un rayo directamente a mí. Pero yo también me he protegido, así que el rayo rebota y vuelve hasta él. Le alcanza, algo que no se esperaba. Eso hace que se desconcentre y el torbellino le golpee con mucha fuerza. Cae hacia atrás, sobre su trono. Y éste se resquebraja.

Detengo el torbellino cerrando la mano, pero sigo con la barrera activada solo con mi mente. Con las dos manos libres, vuelvo a formar el tornado, pero esta vez sale directamente de las palmas. Él empieza a levantarse con unos rugidos aterradoros. No le ha gustado haber sido derrotado. Parece que no se lo esperaba. Se pone de pie y me mira fijamente.

Dudo un poco, pero le vuelvo a atacar, lanzando el torbellino con un brazo. Lo detiene. Formo otro tornado con la mano libre y se lo lanzo, el cual también bloquea. Ambos nos esforzamos cada vez más. En un momento dado, los remolinos se juntan formando un gran tornado. Tiene mucha fuerza, tanta que me cuesta controlarlo. Y creo que a Darkos también le está resultando cada vez más difícil detenerlo. Si no, ya me estaría atacando.

Es el momento adecuado para acorralarlo, así que hago un pequeño giro de muñecas y formo una bola con el tornado, encerrándolo en su interior. Ya me ha funcionado antes y espero que esta vez tenga el mismo resultado. Se escucha el rugido atronador de Darkos y el sonido de los rayos que está lanzando chocando contra la esfera. Eso hace que me conlleve más esfuerzo aguantar, pero la mantengo girando unos minutos más.

La bola es tan espesa que no logro verlo, aunque lo siento aun luchando. Comienzo a juntar mis manos, lo que hace que la esfera se vaya encogiendo. Me va costando cada vez más unir las, pero hago un último impulso y choco mis manos dando un gran grito. La bola explota, rompiendo la cúpula protectora y lanzándome hacia atrás.

El ruido de la explosión ha hecho que me quede parcialmente sorda. Espero que solo sea algo momentáneo. Anrai está junto a mí, gritando mi nombre e incorporándose para que me quede

sentada en el suelo. Estoy aturdida. Empiezo a despejarme y escucho mejor a Anrai, que sigue diciendo mi nombre. Miro a lo lejos el cuerpo de Darkos tumbado en el suelo. Stalzar está junto a él.

—¡Ariadna! ¡Ariadna! —continúa gritándome Anrai. Le miro.

—Estoy bien —le digo.

—¿Seguro? —me coge suavemente la cara con una mano. Tiene esa mirada de preocupación. Le cojo la mano.

—Tranquilo —le digo, lo más suave que puedo—, estoy bien. De verdad.

—Vale —me ayuda a levantarme.

—¿Está muerto? —pregunto a Stalzar mientras nos dirigimos hacia él.

—Es difícil de saber. Lleva oscuridad en su interior, así que no tiene pulso. Tal vez solo está sumido en un sueño como antes.

—Pero no le podemos dejar así —interviene Anrai.

Y tiene razón. Me coloco a los pies del cuerpo de Darkos. En ese momento, se levanta como propulsado por un muelle, y con su brazo lanza a Anrai y Stalzar por los aires. Caen varios metros atrás. No tengo tiempo de reaccionar, cuando él ya está junto a mí. Me ha agarrado del cuello y siento que me empieza a faltar el aire. Intento soltarme, agarrando su brazo con las dos manos, sin conseguirlo.

—¿Creías que solo con eso me ibas a destruir? —apenas puedo respirar—. Tú no tienes el poder de derrotar la oscuridad —sigo intentando zafarme. Noto la piel quemada de su mano y ese olor tan nauseabundo que percibí al llegar a la entrada de la guarida, que también lo desprende él.

Darkos grita de repente y me suelta. Caigo de rodillas, llevándome las manos al cuello. Empiezo a toser. Alzo la cabeza y veo una flecha clavada en su hombro izquierdo. Habrá dado en algún punto concreto para que me haya soltado. Anrai corre hacia nosotros, disparando otra flecha. Pero Darkos la atrapa esta vez. Alzo el brazo con la palma abierta hacia fuera y libero una pequeña ráfaga de viento. Ésta le golpea de lleno a Darkos y lo tambalea, dándole tiempo a Anrai para que vuelva a disparar otra flecha. Le alcanza el pecho. Anrai llega hasta mí y me ayuda a ponerme en pie. Darkos, que ya se ha quitado las dos flechas, se queda mirándonos.

—Vaya, vaya —ríe de forma escalofriante—. El amor... —Anrai me tiene cogida por la cintura—. ¿Creéis que con ese sentimiento podréis derrotarme?

—No es suficiente, pero sí que es un aliciente —le digo con tono firme—. La gente lucha por amor. Es lo que nos da fuerza para pelear —Darkos vuelve a reír.

Nos soltamos. Empiezo a sentir una fuerza en mi interior que antes no había experimentado. Un viento surge y me envuelve sin que yo esté haciendo nada. Anrai da unos pasos hacia atrás. De las puntas de mis dedos salen unos hilos de agua, que comienzan a arremolinarse alrededor mío. Es como si los elementos se estuvieran desbordando, que mi cuerpo no pudiera contenerlos más y necesitasen salir. Un torbellino de tierra empieza a girar en torno a mí, envolviéndome. Me estoy elevando.

Darkos vuelve a atacarme con uno de sus rayos, pero rebota en el remolino y sale disparado a una de las columnas. De mis manos empiezan a salir unas llamas. Darkos comienza a sacar de su interior una niebla negra, pero antes de que haga algo más, le ataco lanzándole dos llamaradas. Le golpean y hacen que de tambalee.

Pero antes de que se recupere, y notando que mi poder está al máximo, cierro los ojos y abro los brazos. Expulsando así todos los elementos hacia Darkos. Empieza a gritar. La ráfaga de aire, agua, tierra y fuego sale de todas las partes de mi cuerpo. El estruendo que produce rebota en las paredes.

No sé cuánto tiempo estoy así, si minutos o solo segundos, pero la ráfaga se detiene de golpe y caigo al suelo de rodillas. Darkos sigue de pie, paralizado. Comienza a surgir de su cuerpo una especie de humo denso oscuro. Este sale disparado y alcanza el centro de mi pecho, lo que hace que me quede casi sin aliento.

Veo a lo lejos que Darkos se desploma en el suelo. Transcurren solo unos segundos cuando todo se empieza a oscurecer, hasta que pierdo la consciencia.

Capítulo 14: ¿El final de la oscuridad?

No percibo ningún sonido. Todo está demasiado tranquilo. Empiezo a abrir los ojos. Estoy tumbada en el suelo. Todo a mi alrededor es blanco y brillante. Una figura se acerca hacia mí. Al levantarme, me noto más ligera, sin ningún dolor. Algo extraño, dada la lucha acontecida. La figura está cada vez más cerca, pero no logro distinguir ningún detalle en su rostro. Me es familiar. ¡Fisys! ¡Es ella!

—Ariadna —dice con un tono de voz muy suave, casi melódico. Está a un metro de mí. Aun así, sigo sin discernir ningún rasgo facial.

—¿Fisys? —estoy tan desorientada que es lo único que se me ocurre decir.

—Sí, soy Fisys. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme? —miro a mi alrededor y no veo nada ni a nadie. Solo la estancia blanca y brillante.

—¿Dónde estoy? —pregunto al fin.

—Este lugar no tiene nombre. Ni siquiera existe. Es un espacio creado por y para ti —no da más explicaciones y yo me he quedado igual de confundida.

—Pero, ¿y los demás? —sigo preguntándole.

—Ellos están bien —esa respuesta me hace dudar.

—¿Y yo? —me estoy empezado a asustar—. ¿Estoy muerta?

—Hay mucha magia en ti. El poder no se consigue destruir. Al igual que la materia, solo se transforma.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Tu duda es si tu cuerpo sigue vivo o no. Y la respuesta es sí, débilmente, pero sí —doy un suspiro de alivio—. Pero despertar no te va a ser fácil —eso ya no me gusta.

—¿Por qué?

—Has consumido mucha energía. Tu cuerpo está demasiado debilitado como para recuperarse.

—¿Pero me curaré? —estoy cada vez más asustada.

—El cuerpo humano necesita tiempo para repararse —empieza a costarme respirar.

—¿Pero algo podré hacer? —le pregunto, desesperada.

—Solamente una cosa. Esperar —tengo ganas de llorar.

—Pero...

—Ahora me tengo que ir, Darkos absorbió casi toda mi magia y no puedo permanecer por más tiempo en tu interior.

Se acerca a mí y apoya su frente en la mía. Como antes, vuelvo a notar una corriente, pero esta

vez sale de mi mente. Este proceso hace que me quede exhausta. Me desplomo. Intento incorporarme, aunque me está costando. Consigo sentarme en el suelo. La estancia está completamente vacía. Me quedo así un rato, sin saber qué hacer.

A mi mente viene un recuerdo. Estoy con Anrai, en mi habitación de Hertheiven. Comienzo a revivir un momento muy especial, en el que nuestros sentimientos están a flor de piel. Es nuestro primer beso. Siento en mi espalda el contacto del brazo de Anrai y el calor que emana de su mano. Este empieza a recorrer mi cuerpo. Su otra mano, áspera pero firme, sujeta mi rostro, haciéndome sonrojar. Sus labios, pegados a los míos, transmiten una electricidad que está circulando por toda mi piel. Es como si realmente estuviera ahí, con él. Noto su cuerpo pegado al mío. Anrai desliza ligeramente su mano por mi espalda hasta llegar a la base de ella. Eso hace que me dé un escalofrío. Mis brazos reaccionan y empiezo a acariciar su espalda. Nuestros cuerpos se ansían. Me estoy perdiendo en ese beso. El aroma que desprende Anrai me embriaga. Me siento tan bien en sus brazos...

Tengo la sensación de que algo va mal. Un escalofrío hace que se me erice la piel y un viento helado me azota, despertándome de mi ensoñación. Noto que no estoy sola, que hay alguien conmigo. Me levanto del suelo.

—Eres más fuerte de lo que creía —me giro y a unos metros enfrente de mí, Darkos está de pie, mirándome. Intento no ponerme nerviosa—. Me has arrebatado mi magia —se está enfadando.

—No era tuya. La robaste —replico con firmeza.

—¡Hace tiempo me arrebataron la que yo poseía! —da un par de pasos hacia delante. Está empezando a perder el control.

—No la merecías —intento sonar tranquila. Tiene que creer que no le tengo miedo, a pesar de que estoy asustada.

—¡Y qué sabrás tú! —avanza unos pasos más. Noto el calor que desprenden las llamas de sus ojos desde aquí.

—Eso ya no importa. Tu tiempo en este mundo se ha terminado —le digo, esperando no sonar aterrada.

Él avanza hacia mí rápidamente, con furia. Y antes de poder reaccionar, me agarra del cuello y me eleva a unos centímetros del suelo. Suelta una carcajada de satisfacción. Está apretando mi garganta, lo que hace que me cueste respirar. Intento zafarme, sin éxito.

—Ahora absorberé toda tu magia, que me pertenece a mí, volveré y cubriré todo Goldheiven de oscuridad —me estoy quedando sin fuerzas—, después, iré a ese otro mundo tuyo y lo destruiré todo.

Empieza a acercar mi cara a la suya, lo que aprovecho en mi favor para colocar mis manos en su cabeza, usando las pocas fuerzas que me quedan. Cierro los ojos y me meto en su mente. Pasa solo un instante. La presión de mi cuello se esfuma y caigo de rodillas. Ni siquiera sé lo que ha pasado. Me llevo las manos al cuello, tosiendo e intentando respirar. A medida que me incorporo, el grito desesperado de Darkos resuena por toda la estancia. Miro alrededor, buscándolo, pero no le veo allí. Estoy totalmente desconcertada. ¿Qué acabo de hacer?

Empiezo a sentir frío y noto algo extraño en mi interior. Mi cuerpo comienza a sufrir el exceso de la magia que acabo de usar contra él. No creí que pudiese funcionar. Ni siquiera sé lo que he hecho. La piel me está ardiendo, me duele cada fibra de mi cuerpo y mis sentidos se están nublado. Creo que es hora de volver a mi cuerpo físico, o eso espero.

Oigo el trino de unos pájaros muy cerca. Siento una ligera brisa. Esta trae un aroma que me resulta conocido. Noto un cosquilleo en los dedos de mis manos y mis pies. Estoy bastante relajada. Sé que tengo que abrir los ojos, pero hacía tiempo que no me sentía así de bien. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo... Lo último que recuerdo es estar en una estancia blanca y vacía.

Decido abrir los ojos. Veo un techo muy alto. Comienzo a incorporarme despacio, hasta quedarme sentada. Tengo todo el cuerpo condolido. Estoy en una cama y llevo un camisón. Es parecido al que vestía la vez anterior que me desperté en un dormitorio en el Castillo de Hertheiven. Me destapo y empiezo a levantarme. Siento dolor proveniente de cada fibra de mi cuerpo, pero no es tan intenso como el que tenía cuando terminó la lucha. Me calzo unas zapatillas que hay junto a mi cama y voy hacia el ventanal abierto.

Salgo al balcón y una bocanada de aire me golpea. Cierro los ojos un instante. Es una sensación agradable. Vuelvo a escuchar el canto de un pájaro. Abro los ojos y giro la cabeza hacia la derecha. Hay una pajarera con una pequeña ave. Me observa. Su plumaje es de varios colores brillantes. Otra ave se posa en la pajarera, se saludan con sus picos y alzan el vuelo al mismo tiempo. Les sigo con la mirada. Bajo la vista enseguida y veo una ciudad que ya conozco. Sí, estoy en Hertheiven. Y creo que vuelvo a encontrarme en la misma habitación.

Escucho un suave portazo detrás de mí. Anrai está parado junto a la puerta. El corazón me da un vuelco. Desde que llegamos a la guarida de Darkos, tenía la sensación de que no iba a volver a verlo. Ambos sonreímos a la vez. Comienza a caminar hacia mí y yo voy directa a él. Este momento se me está haciendo eterno. Solo estamos a unos pasos de distancia, pero parece como si hubiera kilómetros y kilómetros de espacio entre nosotros. Mi respiración se empieza a acelerar, hasta que nos alcanzamos y nos sumimos en un intenso abrazo.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, pero ninguno de los dos parece querer ponerle fin. Su aroma siempre me embriaga y me relaja. Siento los latidos de su corazón. El calor que desprende recorre todo mi cuerpo. Y la electricidad que me transmite cuando nos tocamos, eriza mi piel.

Nos separamos un poco, lo suficiente para mirarnos a los ojos. Esos claros y penetrantes ojos que siempre me están observando. Acercamos un poco nuestras caras y mis labios tocan los suyos. Es un beso suave. Separamos los labios, abrimos ligeramente nuestras bocas y seguimos besándonos. Comenzamos a acelerarlo, poco a poco. Hasta que nos sumimos en el deseo y el beso se vuelve intenso. Movemos las manos acariciando nuestras espaldas. Varios gemidos emergen debido al incontrolable deseo, que es cada vez más profundo y apasionado.

De pronto, en mi mente aparece la imagen de Darkos. Eso me asusta y corto el beso inmediatamente. Empiezo a escuchar unos alaridos escalofriantes.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Anrai preocupado.

—¡Los gritos! ¡Son cada vez más fuertes! —me llevo las manos a mis sienes, intentando sin mucho éxito aliviar el dolor que me está produciendo esos gritos.

—Voy a buscar ayuda —Anrai sale corriendo de la habitación.

Mis piernas flojean y caigo al suelo. El dolor que producen esos alaridos es casi insoportable, como si decenas de taladros me estuvieran perforando cada rincón de mi cerebro al mismo tiempo. Siento como si me fuera a estallar la cabeza.

Estoy a punto de ponerme a gritar, cuando Anrai vuelve a entrar. Le sigue Stalzar y otro hombre que no conozco. Este último se acerca a mí y pone su mano en mi frente, lo que hace que me empiece a relajar. No llego a desmayarme, pero se me han cerrado los ojos. Noto que alguien me coge en brazos y me tumba en una superficie blanda. Los oigo hablar, pero suenan tan lejanos...

Tras un rato, intento abrir los ojos. Me pesan los párpados, pero acabo consiguiéndolo. Anrai me observa preocupado. Creo que está diciendo mi nombre, aunque tengo la mente tan aturdida que me está costando asimilar dónde estoy. Intento incorporarme. Él me ayuda. Logro sentarme en la cama. Supongo que Anrai me ha traído hasta aquí.

—¿Estás bien? —empiezo a entender lo que me está diciendo. Le miro. Está muy preocupado —. Ariadna, ¿estás bien? —me cuesta pensar.

—Sí. Bien —logro contestar, pero aún no me he despejado del todo.

—¿Mejor? —me pregunta el desconocido. Es un hombre mayor, con el pelo y la barba largos y canosos. Distingo una gran cicatriz sobre una de sus cejas. Su cara me resulta familiar. Espera ¡La cicatriz! ¡Es él!

—Kagnoth —digo, sorprendida.

Capítulo 15: Después de la batalla

—Eres el Gran Mago —aún sigo sorprendida. El hombre que está junto a mí asiente—. Creía que estaba muerto.

—Todo el mundo lo creía. ¿Qué te parece si te cambias de ropa y después bajas para hablar? —me dice Kagnoth. Su voz es muy tranquilizadora. Yo asiento.

Cuando todos han salido de mi habitación, cojo ropa del armario. Esta vez elijo un vestido de color azul cielo y unos zapatos beige. Me meto en el baño y veo mi reflejo en el gran espejo. No me había dado cuenta hasta ahora, pero tengo todo mi cuerpo lleno de cicatrices. Tras una larga y relajante ducha, me visto y salgo de la habitación. Veo a Anrai sentado en un banco.

—¿Me estabas esperando? —le pregunto.

—Siempre —contesta con una ligera sonrisa.

—¿Cómo es posible que usando solo unas pocas palabras seas tan elocuente? —digo sin pensar, sonriendo. Él amplía su sonrisa.

Nos cogemos de la mano y entramos en el ascensor acristalado. Me apoyo en su hombro y contemplamos la ciudad, mientras descendemos. Salimos y empezamos a recorrer el largo pasillo adornado de cuadros. Me paro cuando llegamos al de Darkos. Le suelto la mano a Anrai, que se me queda mirando, preocupado. Contemplo los ojos en llamas de Darkos. Tengo una extraña sensación.

—Lo sientes en tu interior, ¿verdad? —giro la cabeza y veo a Kagnoth a mi lado, observando el cuadro. Ni siquiera le he escuchado acercarse a mí. Pero sé lo que quiere decir. Estoy confundida y asustada.

—¿Va a estar dentro de mí para siempre?

—Me mira y sonrío.

—Espero que podamos sacarlo de ahí —empieza a caminar. Le sigo. Anrai viene detrás de nosotros, manteniendo cierta distancia para darnos intimidad.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Una pregunta directa —parece sorprendido.

—Desde que he llegado solo he obtenido respuestas a medias —suspiro de frustración—, espero que usted me pueda contar la historia completa.

—Es una larga historia.

—Pues empiece antes de que alguien nos interrumpa —le hace gracia mi respuesta. Caminamos por una zona en la que no he estado. El pasillo es más estrecho y oscuro.

—Darkos vino del Territorio Desconocido del norte, acompañado de Murdrags y Tarlags, sus criaturas más temibles. Era muy poderoso. Sumió en la oscuridad al Bosque Norte y convirtió a

todos los animales que habitaban allí en criaturas oscuras. Muchos fueron los soldados que intentaron derrotarlo. La mayoría murió en manos de las criaturas, pero los que consiguieron llegar hasta su guarida, encontraron un destino más funesto. Él los convirtió en Humdarks.

—¡Dios mio! —estoy menos sorprendida de lo que debería—. Eso es algo que me temía. Tuve una extraña sensación en mi primer encuentro con uno de ellos. No parecía una bestia más.

—En la gran batalla para derrotar a Darkos, logré llegar hasta su guarida —Kagnoth prosigue con su relato— y cuando derroté a las criaturas que le protegían, me enfrenté a él.

El pasillo que estamos cruzando es cada vez más oscuro. Su bastón es la fuente de luz que ilumina nuestro camino. Él continúa explicando lo que pasó.

—Su poder era mayor que el mío. Tras una ardua batalla, logré encadenarlo. Había agotado casi todas mis fuerzas, pero debía destruirlo. Así que, con un último esfuerzo, canalicé todo mi poder contra él. Al final, resistió mi ataque y yo quedé inconsciente. Cuando desperté, me encontraba en una estancia oscura. No me podía mover. Estaba sentado en un trono como el de Darkos y atado con las mismas cadenas que usé para capturarlo. En ese momento comprendí que mi voluntad y mi destino estaban unidos a él para siempre.

Me recorre una sensación de angustia en el cuerpo por lo que me acaba de contar. Nos detenemos. Hemos llegado a un lugar mágico. Estamos en el bosque más vivo que he visto hasta ahora. Es indescriptible. Kagnoth prosigue la marcha. Tardo unos segundos en reaccionar y le sigo.

—Al menos, levanté el muro y la cúpula para encerrar a sus criaturas antes de enfrentarme a él. Así, todos estarían a salvo durante largo tiempo. Pero lo que yo no sabía era que algún día aparecería alguien con el suficiente poder como para liberarme —hace una pausa y me mira, con gratitud.

—No recuerdo mucho del tiempo que estuve ahí —le digo, aún confusa por lo sucedido en aquel momento—. ¿Cómo lo hice? ¿Cómo le liberé?

—Cuando Darkos te atacó en el espacio vacío, te metiste en su mente. Para ti solo fue un instante, el tiempo suficiente para debilitarle con tu magia. Y yo aproveché esa oportunidad para canalizar parte de ella, que inconscientemente me enviaste. Así me pude liberar y escapar de su prisión —suena agradecido. Llegamos hasta un obelisco hecho de cristal—, este es el centro de la magia.

—¿De aquí es donde la extrae Stalzar?

—Sí. Y aquí es donde vas a depositar la que tienes tú —le miro desconcertada.

—¿Me tengo que desprender de mi magia?

—No. Tienes que devolverla —estoy confundida.

—Creía que era mía. Que nací con ella.

—Y así es, pero fue Fisys la que te la proporcionó. Arriesgó la vida de este mundo para que un día vinieras a salvarlo.

—¿Y qué pasará cuando la devuelva? Es decir, sin mi magia no podré volver a casa —me empiezo a preocupar.

—Debes hablar con Fisys. Yo no puedo darte las respuestas que necesitas —estoy cada vez más preocupada. ¿Y si no puedo regresar? No volvería a ver a mi familia nunca más. Y si ella me envía a casa, me tendría que separar de Anrai para siempre. Miro hacia donde creía que estaba él.

—¿Dónde está Anrai? —pregunto a Kagnoth, extrañada.

—Este es un lugar sagrado. Solo puede entrar quien posee magia. Anrai se ha quedado en la entrada —hace una pequeña pausa—, coloca tu mano sobre el obelisco y cierra los ojos —me ordena. Hago lo que me dice, con resignación.

—Ariadna —me llama una voz suave que reconozco. Abro los ojos. Fisys está delante de mí. Aún sigo en el mismo lugar, salvo que estamos solas.

Antes de que pueda decir algo, ella se acerca a mí, saca el brazo de su túnica y pone su pálida mano sobre mi pecho, a la altura del corazón. Noto en él un dolor puntiagudo intenso que me quita la respiración. Miro hacia abajo y veo como algo oscuro empieza a entrar en la mano traslúcida de Fisys. El fluido, o lo que sea eso, recorre su brazo, llega a su pecho y entra en su corazón. El dolor va desapareciendo poco a poco, mientras sigue saliendo de mí. Pasan solo unos segundos más. Ya apenas siento dolor y el fluido oscuro se empieza a aclarar, hasta que se hace brillante. Deslumbra tanto que tengo que apartar la mirada.

Me despierto, sintiendo los rayos del sol en mi cara. Hay mucho silencio. Mantengo unos segundos los ojos cerrados. Siento las pestañas muy pesadas. Escucho de lejos una puerta cerrándose. Debería abrir los ojos, pero estoy muy cómoda en la cama y me da pereza levantarme. Alguien llama a la puerta.

—¡Hola cielo! ¿Estás durmiendo? —es la voz de mi madre. Abro los ojos de golpe y me incorporo. Ella va hacia la ventana y descorre las cortinas—. ¿Desde cuándo te echas la siesta? —se sienta en la cama.

—¿Mamá? —es lo único que se me ocurre decir. Estoy confundida.

—¿Aún sigues dormida? —me sonrío. Le devuelvo la sonrisa—. Vamos, levántate. Prepararé la merienda y te hablaremos del viaje —se levanta y sale de mi habitación, cerrando la puerta.

Sigo confundida. ¿Qué ha pasado? Yo estaba en otro lugar, o eso creo. Me levanto y voy al baño. Observo mi reflejo en el espejo. Llevo un vestido azul que jamás había visto, mi pelo cobrizo tiene un brillo dorado y en algunas partes de mi cuerpo hay ligeras marcas, como de arañazos. Es extraño. ¿Cómo me las he hecho? ¿Y cuándo se me ha puesto la piel tan morena?

Me quito el vestido y busco una etiqueta, la cual no encuentro. Y eso acrecienta mi asombro sobre su origen. Entro en la ducha y mi cuerpo comienza a relajarse a medida que el agua cae sobre mi cabeza. Pero mi mente empieza a ponerse en marcha y me doy cuenta de que tengo un vacío en mi memoria. Mientras intento recordar los momentos que he perdido, imágenes van apareciendo en mi mente. Son pequeños flashes. Cada vez surgen más. Me golpean una y otra vez hasta dejarme sin aliento. Caigo de rodillas en la ducha, con el agua aun corriendo.

Me quedo paralizada un momento. Acabo de recordarlo todo. El viaje al otro mundo, la magia,

mis poderes, Darkos, Fisys, Anrai... ¡No! Anrai. Ahora estoy realmente preocupada. Salgo de la ducha, me pongo ropa cómoda y seco mi pelo lo más rápido que puedo. Durante todo ese rato, no he dejado de pensar en que he de volver allí. Pero, ¿y si ya no tengo la capacidad de ir al otro mundo? Según lo que me dijo Kagnoth, Fisys podría haber recuperado toda su magia. Si es así...

Llaman a la puerta de mi dormitorio, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—Hola cielo —mi padre ha abierto un poco la puerta—. ¿Estás lista? Te estamos esperando —tardo un par de segundos en contestar.

—Sí. Bajo enseguida —mi padre se va. Se me había olvidado completamente que mis padres están aquí.

No tengo otra alternativa. Bajando al salón, comienzo a escuchar a varias personas hablando. Al entrar, veo a algunos de mis tíos, tías y primos. ¡Cómo no! Ha venido toda la familia a recibir a mis padres. Y tras una agotadora tarde de charlas y risas, al fin puedo subir a mi dormitorio. Tengo que intentar volver, pero antes debería ponerme el vestido con el que vine.

Pero antes de hacerlo, me tumbo en la cama para descansar un momento y, sin darme cuenta, ya estoy dormida. En mis sueños veo los lugares que he visitado en el otro mundo. A las personas que he conocido, las criaturas a las que me he enfrentado y a Anrai. Puedo vislumbrar cada detalle de su cara, sentir el calor que desprende, percibir el aroma que emana y notar la electricidad que recorre mi cuerpo cuando nuestras bocas se unen en un intenso beso.

Me despierto, sudada. Sigo en mi habitación. Me levanto y voy a la ventana para cerrar las cortinas. Aún es de noche. Miro el reloj. Son las tres. Entro al baño para darme una ducha rápida y esta vez me pongo el vestido azul. Vuelvo a tumbarme en la cama, cierro los ojos y me concentro en el dormitorio de Hertheiven. Pasa un rato y sigo sin ver una imagen clara. Lo intento varias veces y no consigo nada. Esto no me gusta.

¿Realmente he perdido toda mi magia? ¿No voy a poder volver? ¿No veré a Anrai nunca más? Todas esas preguntas sin respuesta hacen que empiece a desanimarme y entristecerme. Agarro un cojín y lo abrazo, colocándome en posición fetal. Me duermo con las lágrimas aun recorriendo mi cara.

Capítulo 16: El comienzo de una nueva vida

Este paisaje me hace recordar a un lugar en el que estuve hace años. Los altos árboles de este bosque parecen tener un brillo especial. Estoy en un rinconcito del Amazonas, donde una tribu de aborígenes me ha acogido para descansar de mi viaje. Lo que hace tres años pensaba que no iba a suceder nunca, lo he podido hacer realidad. Después del instituto, estudié un curso de escritura en los meses de verano. Y en mi tercer año de universidad a distancia, me ofrecieron el trabajo de mi vida: Escribir sobre mis viajes. Ahora llevo dos meses recorriendo el mundo, yendo a lugares desconocidos y aprendiendo sobre nuevas culturas. Al mismo tiempo que publican mis historias en varias revistas y periódicos de renombre.

En mi segunda noche con ellos, me invitan a participar en un ritual para conectarnos con la naturaleza. He tenido que beber algo que tenía una mezcla de sabores muy raros y me han colocado dentro de un círculo formado por cuatro cuencos. Cada uno tiene un elemento: agua, tierra, fuego y aire. No sé cómo lo han hecho, pero realmente hay un pequeño torbellino de aire dentro de ese cuenco.

Se escuchan los tambores que tocan sin cesar. Los párpados me pesan. Cierro los ojos. Empieza a sonar una flauta. Quizás sea por lo que he bebido o por la música que están tocando, o puede que por ambas cosas, pero estoy empezando a sentirme mareada. Y al mismo tiempo tengo una sensación extraña, algo que creo haber percibido ya antes. Es difícil de explicar y, aun habiendo visto un minúsculo torbellino en un cuenco de madera, algo imposible, diría que hay magia a mi alrededor. Siento que estoy a punto de perder la consciencia. Y de pronto, una imagen aparece en mi mente. Pero desaparece enseguida y todo se queda a oscuras.

Huelo a madera quemada. Tengo la impresión de estar despertando de un sueño profundo. Los párpados me pesan mucho, pero empiezo a abrir los ojos, al mismo tiempo que me voy incorporando. Veo a mi alrededor el interior de una habitación en penumbra. Estoy en una cama grande. Me levanto y salgo del dormitorio. Veo frente a mí un espacio abierto pero pequeño. Hay una cocina, una mesa y una chimenea encendida. Todo es de madera. Todo me resulta familiar, como si ya hubiese estado aquí antes.

Se abre de pronto la puerta y entra un rayo de sol que me deslumbra. Cubro mi cara con un brazo y giro la cabeza al mismo tiempo. Se cierra la puerta. Delante de ella, un joven muy apuesto está parado, mirándome.

—Ariadna —susurra, con un tono y una expresión de sorpresa.

Parece que me conoce, pero yo a él no. O eso creo. Da un pequeño paso hacia mí. Yo sigo paralizada, desconcertada. No sé dónde estoy ni quién es él y mi expresión parece que refleja confusión, lo que hace que él no siga avanzando. Tengo una especie de déjà vu. Intento recordar de qué me suena este sitio y por qué ese joven me resulta conocido. Él sigue parado. Su expresión ha cambiado. Hay un brillo en su mirada y una pequeña sonrisa en su boca. Me estoy empezando a poner nerviosa. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí? ¿Quién es la persona que tengo delante?

Un sonido procedente del fuego me sobresalta y miro hacia la chimenea. Me quedo observando

las llamas un momento. Aparece de golpe en mi mente una imagen. Es fuego, en un bosque. Una criatura enorme y espeluznante está parada frente a mí. Me sobrecojo del susto y empiezan a aparecer más imágenes: esa criatura ardiendo debido a unas llamaradas que salen de mis manos, una gran ciudad deslumbrante, la figura de un hombre entre sombras con los ojos llameantes y un joven con un arco. Ese mismo joven que está parado frente a mí.

Pasan solo unos segundos. Lo estoy recordando todo. La oleada de imágenes en mi cabeza hace que me maree un poco y me quede casi exhausta. Apoyo una mano en la columna que tengo al lado, mientras intento recobrar el aliento. Él avanza un paso hacia mí un poco preocupado, pero se detiene. Yo sigo con la mirada fija en sus ojos claros.

—Anrai —digo, con voz clara.

No puedo creer que lo haya olvidado. Estoy bloqueada, sin saber qué hacer. ¿Pero en qué estoy pensando? Me pasé un mes intentando volver aquí. Claro que sé qué hacer. Empiezo a avanzar hacia él y Anrai viene a mí. Solo hay unos pasos de distancia entre nosotros, pero parece que hubiera un mundo entero. Y así era. Cuando nos alcanzamos, el abrazo en el que nos sumimos es intenso. Había olvidado su aroma a bosque, el ritmo de los latidos de su corazón y el calor que desprende.

Seguimos abrazados lo que parece una eternidad. Nos vamos despegando poco a poco, pero no demasiado. Lo suficiente para poder mirarnos a los ojos. Siempre me pierdo en su mirada. No me puedo creer que hayan pasado ya 3 años. Pero parece que haya sido toda una vida.

Empezamos a acercar nuestros rostros muy despacio. Sus labios están cada vez más cerca de los míos. Avanzamos despacio, lo que incrementa la tensión existente por tan larga espera. Una corriente comienza a recorrer mi cuerpo cuando nuestras bocas se tocan. Es un beso suave y dulce. Pero solo dura unos segundos, enseguida se vuelve apasionado. Nuestras lenguas se mueven a un ritmo cada vez más intenso y acariciamos nuestras espaldas con ansias.

Nos empezamos a mover dando unos pequeños pasos. Anrai me está llevando. El beso es tan profundo que parece como si todo lo demás no importase y solo estuviéramos nosotros dos. Mis pantorrillas se topan con algo y él empieza a inclinarme hacia atrás, hasta que estoy recostada sobre una cama.

Nuestro beso no se interrumpe. Anrai me acaricia la cara con su mano derecha y empieza a bajar su mano por mi cuello. Pasa por la zona entre mis pechos, lo que hace que suelte un gemido. Esto es nuevo para mí, pero aun así, no le detengo. Quiero que siga. Mi respiración está acelerándose. Su mano sigue avanzando hacia mi abdomen. Suelto otro gemido. Coge el borde de mi camiseta y empieza a subírmela. Me la quita por la cabeza, interrumpiendo el beso momentáneamente.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, pero enseguida volvemos a besarnos. Vuelve a bajar la mano por mi pecho hasta llegar a mi pantalón. Desabrocha el botón y baja la cremallera. Introduce sus manos por la parte de atrás y desliza los pantalones hasta quitármelos. No llegamos a interrumpir nuestro beso. Me acaricia mi pierna y llega a mi muslo. Suelto otro gemido. Ese gesto hace que ambos nos excitemos aún más.

Él se quita su ropa, con bastante rapidez. Nuestros cuerpos, llenos de deseo, se rozan. Solo

llevamos la ropa interior. Anrai me eleva un poco, lo suficiente para poder coger las sábanas y cubrirnos con ellas. La pasión se desata bajo esa suave y fina tela. Nuestros cuerpos ansiaban ese momento, unirse con un mismo ritmo.

Tras nuestro encuentro amoroso, me pongo una vestimenta más apropiada para estar aquí. Nos despedimos de su abuela, que me ha dado un abrazo muy largo y emprendo el viaje con Anrai hacia Hertheiven. Vamos en su nuevo carromato tirado por un precioso caballo. Al parecer fue un regalo del Consejo por su gran ayuda en la batalla contra Darkos. Todo a mi alrededor rebosa magia. La siento en cada árbol, cada roca y cada brizna de hierba. Incluso el sol irradia algo especial.

Conversamos mucho durante el trayecto. Le he hablado sobre mis estudios, el fascinante trabajo que conseguí, mis viajes, los lugares que he visto y las personas que he conocido. Estamos sentados muy juntos. Tengo su brazo izquierdo rodeado por el mío, y los dedos entrelazados de nuestras manos nos mantienen aún más conectados. Cuando ya he terminado de relatarle mis aventuras, le pido que me cuente todo lo que ha pasado aquí desde que me fui.

—Supongo que quieres que te explique primero lo que sucede en la Región Oscura —dice Anrai. Yo asiento—. La verdad es que he intentado mantenerme informado sobre los temas que te interesaría saber cuándo por fin volvieses —eso me sorprende.

—¿Aún seguías esperándome? —le miro, con cierta esperanza.

—Sí —nos quedamos unos segundos mirándonos—. Stalzar me dijo que probablemente no pudieses regresar nunca. Pero que, aun siendo escasos, hay rinconcitos en tu mundo con algo de magia. Y si lograbas encontrar alguno, serías capaz de volver aquí —me sonrío. Le devuelvo la sonrisa.

—Parece que llevaba razón —suelto un pequeño suspiro de alegría y miro hacia el río. Nos queda medio camino para llegar a la capital—. Bien. Cuéntame lo que sepas —le pido.

—Sin Darkos controlándolos, algunas de las criaturas han vuelto a ser los animales que eran antes. Aunque la mayoría se consumieron hasta morir. Los soldados estuvieron allí bastante tiempo. Tenían que controlar a los que aún se resistían y luchaban. Tras unos meses, hicieron tareas de limpieza de cuerpos.

—¿Y el muro? —pregunto.

—Stalzar pudo arreglarlo, pero hizo una gran puerta para poder entrar y salir sin problemas. También reunió a toda la gente que poseía algo de magia y la llevó hasta allí. Pretenden devolver la vida y la magia que antaño había en ese lugar. A mi abuela van a recogerla hoy para ir hacia allí.

Está anocheciendo. Nos paramos en una posada para cenar y descansar. Tras un baño, nos sumimos en otro momento de pasión. Esta vez todo pasa con más calma y mis sensaciones son muy intensas. No sabría decir si es debido a la magia que rebosa por todas partes, o por la profundidad del amor que sentimos el uno por el otro, o puede ser por ambos motivos a la vez. Nuestras caricias y besos llegan a todos los rincones posibles de nuestros cuerpos. Me quedo dormida en los brazos de Anrai.

Empiezo a vislumbrar a lo lejos una figura brillante. Su resplandor me deslumbra. Se está acercando, hasta que se detiene a un metro de mí. No puedo distinguir ningún rasgo facial. Es ella, Fisys.

—Bienvenida Ariadna. Me alegro de que hayas encontrado la manera de volver —su tono es tan melódico como recordaba.

—¿Qué pasó aquel día? Intento recordarlo, pero todo está borroso —durante un tiempo, llevé esa duda en mi mente. Y al regresar, ha vuelto a aparecer.

—Me devolviste la magia que necesitaba para fortalecerme. Gracias a ti, este mundo está a salvo.

—¿Y qué pasó exactamente con Darkos? ¿Cómo apareció Kagnoth en su lugar?

—La oscuridad forma parte de nosotros. Cuando él se enfrentó antaño a Darkos, este consiguió atraparlo en su interior. Aunque lo intentó, no consiguió escaparse. Hasta que tú le ayudaste. Pero la oscuridad no se puede desvanecer, y al salir del cuerpo de Kagnoth, penetró en tu interior — hace una ligera pausa y se acerca un poco—, cuando viniste a verme, la absorbí, pero me llevé toda tu magia en el proceso. Ese era el riesgo. Caíste inconsciente y te devolví a tu hogar. El problema de que no tuvieras magia, aparte de no poder regresar, fue que los recuerdos de tu estancia aquí también podrían haberse borrado.

—Al regresar a mi hogar, empezaron a aparecer en mi mente imágenes y pude recordar lo que pasó. Pero al cabo de unas semanas, se fueron esfumando los recuerdos poco a poco —le digo, con un tono algo apagado— y cuando volví aquí, empezó a penetrar en mí la suficiente magia como para que reaparecieran los recuerdos en mi memoria —mi entonación ha cambiado, pasando a ser alegre. Nos quedamos un momento en silencio. Estoy un poco preocupada—. ¿Recuperaré todos los poderes que poseía antes? —he intentado controlar los cuatro elementos, pero no he tenido éxito. Aunque no he probado a regresar al otro mundo. Fisys se ha acercado a mí. Estamos muy cerca la una de la otra.

—Hay cosas que son inciertas. Has conseguido volver, así que es posible, si lo deseas — empieza a brillar con más intensidad, tanta que tengo que apartar la mirada.

Me despierto de golpe. Unos rayos de sol, que han penetrado por la ventana, me están molestando. Tras mi visita en sueños de la madre naturaleza, Anrai y yo nos ponemos en marcha para continuar el viaje hacia la capital. En el camino encontramos bastante tránsito. Muchos carromatos se dirigen a la misma dirección en la que vamos nosotros. Empiezo a vislumbrar la ciudad. Hertheiven.

Parece más deslumbrante que antes. Siento toda la magia que desprende. Entramos en la explanada donde tuvo lugar la primera batalla. La hierba es muy verde y no parece haber rastro alguno de la sangre negra que derramaron las criaturas oscuras. Las enormes puertas de la capital están abiertas. Hay mucha gente por las calles. Todo el mundo se vuelve para mirarme y hablan entre ellos.

—¿Por qué se me quedan mirando? —pregunto confundida a Anrai. Él sonríe.

—Eres muy famosa —señala hacia un punto.

Veo un gran cartel. Me quedo sorprendida. Es mi retrato. Mi cara está pintada en una gran tela, colgada de un alto poste. A medida que vamos avanzando, observo que hay más carteles con mi imagen. Llegamos a las puertas del castillo, donde una multitud de gente comienza a observarme. Estoy totalmente anonadada. Tras bajar del carronato, con ayuda de Anrai, unas trompetas empiezan a sonar muy fuerte. Estoy paralizada, sin saber qué hacer. Anrai fija su mirada en mí, sonriendo.

Las trompetas dejan de sonar. Empieza a escucharse un aplauso. Al principio, de las personas que hay frente a mí, y al poco se une toda la gente que hay detrás. Me giro y veo la calle llena hasta rebosar de público. Es sobrecogedor. El aplauso se vuelve cada vez más intenso, e incluso se escuchan algunos vítores. Todo el mundo me mira. Aún no me lo creo. ¡Me están aplaudiendo a mí!

Estoy muy avergonzada. Creo que Anrai lo nota. Me rodea la espalda con su brazo y hace que me mueva en dirección al castillo. Avanzamos hacia las puertas y, al llegar a la entrada, Kagnoth y Stalzar están parados, mirándome.

—Bienvenida —Kagnoth me da un abrazo. Es incómodo, apenas lo conozco—. Gracias. Muchísimas gracias por rescatarme —nos separamos poco a poco.

—De nada —no sé qué contestarle—. Usted habría hecho lo mismo en mi lugar —ya sé que es la típica frase de película, pero realmente quiero terminar esta incómoda situación. Stalzar se acerca a mí, sonriendo, y coge mi mano, encerrándola entre las suyas.

—Has aportado la luz que necesitábamos. Y me alegra que hayas conseguido regresar —una pequeña chispa de electricidad entra por los dedos de mis manos y avanza hasta recorrer todo mi cuerpo. Ha sido solo un instante, pero ahora noto más magia en mi interior. Me suelta la mano y veo en sus ojos una mirada de complicidad.

Los seis miembros del consejo me acompañan hasta el gran salón. Avanzamos hacia un extremo de la mesa, el mismo en el que estuve anteriormente. Pero pasamos de largo y veo en la pared una imagen que ya me resulta conocida. Un cuadro con mi retrato, que cubre media pared. Toda esta situación es cada vez más abrumadora. Me quedo un rato observándolo, mientras el resto va ocupando sus asientos. Cuando me giro, todos están ya sentados. Stalzar y yo volvemos a instalarnos en las sillas que presiden la mesa. Kagnoth y Anrai se quedan de pie detrás de nosotros.

Tras una interminable reunión, en la que las conversaciones han girado en torno a lo que sucedió después de la gran batalla, hablando de todo lo que ha cambiado y lo que queda por hacer, salgo del gran salón y me dirijo hacia la zona más aislada del castillo. Voy sola. Paso por ese largo, estrecho y oscuro pasillo, hasta llegar al bosque interior, donde reside la magia.

Parece incluso más vivo y rebosa magia por doquier. Me dirijo hacia el punto con más poder del lugar y llego al obelisco de cristal. Poso mi mano sobre él y cierro los ojos. Noto que la magia va entrando en mi interior y comienzo a vislumbrar en mi mente la imagen del poblado indígena donde me encontraba antes de venir aquí. Está pasando. Me estoy trasladando al otro mundo.

Epílogo

Han pasado ya unos meses desde que regresé a Goldheiven y recuperé mi magia. Ahora resido entre dos mundos. En uno, vivo en una pequeña cabaña junto a un lago con el amor de mi vida, Anrai. Aunque pasamos poco tiempo allí, ya que hemos empezado a explorar el Territorio Desconocido, esperando descubrir nuevos e increíbles lugares. E incluso puede que haya más gente habitando este mundo apenas explorado.

Y en mi otro mundo, sigo viajando por todos los rincones del planeta y escribiendo mis libros. Algunos están llenos de misterios y magia, fruto de mis aventuras en Goldheiven. Aunque en el mundo del que provengo se consideran historias de fantasía sacadas de mi imaginación, solo relato lo que experimento en mis andanzas con Anrai. Y a pesar de que no veo a mis padres ni a mi gran familia tanto como me gustaría, ellos están felices por mí y me alegra poder tenerlos aún en mi vida.

Ahora por fin siento que encajo en este mundo, en los dos mundos. Aunque a veces despierto pensando que un día abriré los ojos y todo esto habrá sido solo un sueño.

GLOSARIO

(por orden de aparición).

Nombres:

Ariadna: Protagonista de esta historia, con un gran poder que empieza a descubrir durante su viaje.

Anrai: Joven arquero que vive con su abuela en una cabaña apartada, al sur de El Lago.

Fiona: Anciana con un pequeño don, que cuidó de su nieto tras la muerte de sus padres.

Stalzar: Wizardteck oficial del Goldheiven. Científico-mago muy poderoso. Aparte de usar la magia para hacer funcionar los aparatos mecánicos, tiene otras habilidades sobrenaturales.

Darkos, el Brujo de las Tinieblas: Ser que usa la magia oscura para llevar las tinieblas a todo el territorio.

Guardianes del muro: Personas con habilidades mágicas que utilizan para salvaguardar las protecciones del muro.

Olsen: Custodio del pueblo de Alyara.

Morward: Técnico de Alyara. Posee las habilidades necesarias para hacer funcionar y reparar los instrumentos mecánicos que funcionan con magia.

Kevin: Joven que Ariadna conoce en el parque.

Elena, Mario y Adela: Tíos de Ariadna.

Kagnoth: El Gran Mago que encerró al Brujo de las Tinieblas bajo unas cadenas hechizadas.

Fisys: Es la Madre Naturaleza. No tiene cuerpo físico. Solo pueden verla en su mente aquellas personas con un gran poder en su interior.

Consejo: Máxima autoridad del territorio. Está formado por tres hombres y tres mujeres. Ellos son Gilrian, Lorna, Hodor, Inara, Irith y Trandor.

Criaturas Oscuras:

Tarlag: Araña de tamaño medio, con características de lagarto.

Murdrag: Gran animal con forma de dragón y alas de murciélago.

Humdark: Ente de aspecto humanoide, con ojos amarillos y piel negra y quemada.

Lugares:

Goldheiven: Mundo en el que ha aparecido la joven protagonista y se encuentra en otra dimensión.

Hertheiven: Capital de Goldheiven, emplazada en el norte del territorio.

Alyara: Pequeño pueblo del sureste de la región.

El Lago: Gran lago situado en el centro de Goldheiven.

Tierra Árida: Zona desértica ubicada al este del territorio.

Oakin: Pequeña aldea asentada a un día de la capital.

Territorio Desconocido: Extensa área inexplorada que rodea el territorio ya conocido.

Región Oscura: Zona al norte del Goldheiven que ha sido ocupada por Darkos y sus criaturas.

Castillo del Consejo: Gran edificio situado en Hertheiven donde residen los miembros del Consejo con sus familias.

Bosque Norte: Antigua arboleda de la que Darkos se apoderó en su antigua conquista de territorios.

Otros:

Pyr: Moneda oficial del territorio.

Carrotor: Vehículo motorizado similar a una carreta, cuya fuente de energía es la magia.

Oragur: Libro antiguo cuyas páginas van cambiando para anunciar futuros acontecimientos.